



Universidad de Chile

Facultad de Ciencias Sociales

Departamento de Sociología

# IDENTIDAD POLÍTICA EN EL MOVIMIENTO DE ESTUDIANTES SECUNDARIOS DE 2006

Memoria para optar al Título Profesional de Sociólogo

---

NAIM BRO KHOMASI

Profesor Guía: Manuel Antonio Garretón

Santiago, Chile

2010

## **Agradecimientos**

Quiero agradecer a todos aquellos quienes me han acompañado en este proceso de realizar mi tesis, y más general, de estudiar cinco años. En especial a mis padres, quienes aceptaron reticentemente a pagar mis estudios, pero que con el tiempo se fueron convenciendo de que la sociología puede ser un aporte a la sociedad, y a mi amiga Paula, por motivarme incansablemente en la finalización de la tesis.

*Divaga en sus sentimientos un "mundo posible" que no tiene referentes externos, ni reales ni ideológicos, pero sí una residencia ambulatoria en los propios sujetos juveniles, en sus sensaciones, en sus identidades provisionales, en sus expresiones culturales espontáneas. Es posible que esas residencias ambulatorias no se vayan a integrar jamás; que vivan para siempre en extramuros, como campamentos de nómades. Pero también es posible que sigan enredándose unas con otras para terminar "tejiendo" una trama alternativa cuya identidad histórica no es posible conocer aun*

(Salazar & Pinto, 2002, pág. 235)

## BIBLIOGRAFÍA

<b>Capítulo I: Delimitación de la investigación .....</b>	<b>6</b>
Introducción .....	6
Pregunta.....	9
Hipótesis .....	9
Objetivos .....	10
<b>Capítulo II: Conceptos centrales .....</b>	<b>12</b>
Identidad política .....	12
Concepto .....	12
Dinámicas del cambio identitario.....	17
Desdibujamiento de las identidades .....	21
Lo político .....	21
Lo político y lo social.....	22
Subpolítica e individualización.....	22
Lo público y lo privado.....	23
Identidad e ideología.....	24
Identidad política y movimientos sociales.....	25
Identidad política y las generaciones.....	32
<b>Capítulo III: Historia reciente de la política en Chile y la generación del 00' .....</b>	<b>34</b>
Período nacional popular .....	34
Quiebre y recomposición híbrida .....	35
Imaginario del nosotros.....	40
Erosión de los mapas mentales .....	41
Identidad.....	45
Acción colectiva .....	47
Las generaciones postpinochetistas.....	48
Movimiento estudiantil de 2006.....	51
<b>Capítulo IV: Metodología.....</b>	<b>58</b>
Tipo de estudio y diseño de investigación.....	58

Técnicas y categorías de análisis de la información .....	59
<b>Capítulo V: Resultados .....</b>	<b>67</b>
A. Identidad.....	67
B. Enemigo.....	70
C. Tradición.....	73
D. Identidades políticas tradicionales.....	75
E. Factores relativizantes.....	79
<b>Capítulo VI: Interpretación de los resultados .....</b>	<b>89</b>
Distancia de la esfera política-estatal.....	90
Individualización.....	93
Erosión de los marcos cognitivos.....	96
Autonomización de la subjetividad .....	97
<b>Conclusiones y perspectivas .....</b>	<b>98</b>
Proceso cultural .....	100
Los espacios para la formación de identidad.....	101
<b>Bibliografía .....</b>	<b>104</b>
<b>Anexo I .....</b>	<b>108</b>
Movilizaciones estudiantiles en mayo y junio de 2006. Una breve cronología. ....	108

## CAPÍTULO I: DELIMITACIÓN DE LA INVESTIGACIÓN

### INTRODUCCIÓN

Nos preguntamos en la presente investigación por las condiciones sociales y culturales en las que se construye identidad política en el Chile de hoy, en un tiempo en el que la política no parece cumplir el rol aglutinante de la acción colectiva que tuvo tradicionalmente (Garretón, 2000). Para ello tomamos el caso del movimiento de estudiantes secundarios de 2006 –también conocido como “Movimiento Pingüino”–, el cual representa la ola de movilizaciones de mayor importancia en Chile desde la vuelta a la democracia, y expresa formas políticas propias de una generación socializada en el período de postdictadura (Gómez, 2006).

El movimiento de estudiantes secundarios se hizo manifiesto a la luz pública en mayo de 2006, con el propósito inicial de demandar al Estado gratuidad en el pase escolar y una serie de beneficios de corto alcance, pero derivó al poco tiempo en el cuestionamiento de la Ley Orgánica Constitucional de Educación (LOCE) y otras normativas básicas del modelo de desarrollo chileno (Garretón, 2006; Ruiz, 2007). Devino, finalmente, en junio del mismo año, en la creación por parte del Gobierno del Consejo Asesor para la Calidad de la Educación, organismo pretendido para revisar la institucionalidad educativa en el país. El año anterior, sin embargo, en 2005, el movimiento secundario ya tomaba su forma definitiva, cuando el Ministerio de Educación convocó a inicios de ese año a representantes estudiantiles tanto formales (Centros de Alumnos) como no formales (colectivos con amplia representatividad) a generar propuestas para mejorar la educación. En ese trabajo de un año de duración, los estudiantes elaboraron un importante documento que sirvió de base para la formulación de demandas el año posterior<sup>1</sup>.

La formación y despliegue de este movimiento, creemos, posee peculiaridades cuyo estudio contribuirá comprender los procesos de constitución y transformación de la acción colectiva en las sociedades actuales. Entre estas particularidades (Garretón, 2006; Ruiz, 2007; González, Cornejo, Sánchez y Caldichoury, 2007) están su capacidad de levantar

---

<sup>1</sup> Ver cronología de los principales sucesos de las movilizaciones en Anexo I.

demandas de carácter estructural, al hacer evidente la crisis de la educación como mecanismo de ascenso social, recibiendo así el apoyo de grandes segmentos de la población y encauzando a otros actores colectivos en torno a su propio proyecto. Además, fueron novedosas sus formas de organización, caracterizadas por ser autónomas del sistema de partidos; poseer líderes revocables provenientes de afiliaciones políticas tradicionalmente opuestas; y por la horizontalidad de sus modos de participación, prevaleciendo en él los mecanismos de decisión de tipo asamblea.

Buscamos entender el movimiento estudiantil como un espacio que refleja transformaciones políticas y culturales del período de postdictadura (Garretón, 1994), y, al mismo tiempo, como un espacio que por sí mismo genera transformaciones identitarias adicionales, por expresar de forma particularmente fuerte los mecanismos sociales propios de toda acción colectiva conducentes a tales resultados (McAdam, Tarrow, & Tilly, 2004). Con ello, exploraremos en las nuevas fronteras políticas en el Chile contemporáneo, y en los procesos culturales por los cuales se generan o, por el contrario, se erosionan, las comunidades políticas.

Esto tiene lugar en el contexto de importantes procesos de cambio en materia política en las últimas décadas, entre los cuales cabe destacar la emergencia de la subpolítica (Beck, 1998) como forma de acción política caracterizada por evadir los cauces tradicionales del sistema político institucional. Asimismo, *lo político*, entendido como las “formas en que imaginamos, vivimos y valoramos el orden” (Lechner, 1994, pág. 5), como también *la política*, es decir, las prácticas institucionalizadas de lo político, viven procesos de transformación de importancia capital en Chile y América Latina (Lechner, 1994; Garretón, 2000), marcados por el desdibujamiento de las tradicionales ideologías totalizantes que en el pasado polarizaron el espacio público; la diversificación de los actores sociales y sus motivos de conflicto; la transformación del rol del Estado y la política partidista; y la relativización de los límites de lo que tradicionalmente se conoció como lo público y lo privado.

Entre estas transformaciones es particularmente importante el sentido que adquiere la tradicional distinción izquierda-derecha, principal eje estructurante de las ideologías políticas desde la revolución francesa hasta nuestros días (Ghiretti, 2007). En Chile, el debate académico sobre este punto ha dado lugar a posiciones que plantean su inutilidad teórica para entender la sociedad contemporánea (Klugmann, 1992), como también, posiciones que, aun reconociendo cambios en su contenido y significado, sostienen su vigencia (Garretón, 1992). Esta diversidad de puntos de vista, sin embargo, no cuestiona el consenso básico de que existen transformaciones de fondo en la materia.

Al igual que la política, las identidades tradicionales viven en la actualidad un proceso de cambio, puesto que el mencionado declive de las ideologías totalizantes abre espacios para su resignificación, por dejar de manifiesto la contingencia de sus fundamentos (Laclau, 1994), proceso del que intenta dar cuenta el concepto de acto de identificación, entendido como la desestabilización de identidades sedimentadas y la creación de nuevos sentidos y referentes (Laclau, 1994).

El concepto de identidad política utilizado en este estudio refiere al proceso por el cual los actores colectivos –y no individuales– se hacen conscientes de los efectos sociales y políticos de sus ideas acerca de “la buena sociedad” (Yavuz, 2003), afirmando en dicho proceso su unidad y solidaridad colectiva por medio de un doble proceso de diferenciación frente a la alteridad y de homogeneización de la diversidad interna (Aboy Carlés, 2001).

El texto se organiza del siguiente modo: primero se explicitan la pregunta, los objetivos y las hipótesis de la investigación. Luego, se desarrollan los principales conceptos utilizados para el análisis: identidad política, movimientos sociales, generaciones, lo político. En seguida, se hace un recuento histórico de las transformaciones sociopolíticas y culturales en el Chile reciente. Posteriormente, en el apartado metodológico, se explican las técnicas de producción y análisis de información, y también la operacionalización de los conceptos del marco teórico en el instrumento de análisis. Luego, en la sección “Resultados”, se sistematizan y explican algunos contenidos seleccionados de las entrevistas según las categorías de análisis descritas en la sección metodológica. Después, en el apartado



“Interpretación”, se vincula los resultados empíricos con los conceptos centrales del estudio, y en base a ello se ensaya una interpretación general de la relación entre identidad política y transformaciones socioculturales en el Chile reciente. Finalmente, en las conclusiones, se hace un resumen de los resultados del estudio, y se realiza una reflexión acerca de las perspectivas en la conformación de comunidad política en Chile.

## PREGUNTA

La pregunta general que orienta este estudio es por la conjunción entre identidad política y acción colectiva, según es expresada por sujetos del movimiento de estudiantes secundarios de 2006, los cuales forman parte de una generación socializada en el contexto de cambios globales en materia política y de un movimiento social con características novedosas en cuanto a composición interna y formas de organización.

La pregunta, de este modo, se formula así:

*¿Cuáles son las formas de identidad política que dan unidad al movimiento de estudiantes secundarios de 2006?*

## HIPÓTESIS

En vistas de los antecedentes conceptuales y empíricos que serán expuestos más adelante, planteamos como hipótesis de investigación los siguientes puntos:

- El movimiento de estudiantes secundarios de 2006 fue un espacio de resignificación de identidad política, en la medida que su composición ideológica y social heterogénea, su carácter autónomo del sistema político institucional, y su contexto político-cultural caracterizado por fuertes procesos de transformación, condujo a sus participante a buscar y encontrar nuevos referentes simbólicos de unidad y solidaridad. En un sentido más específico, dicho movimiento forjó una identidad constituida bajo nuevos referentes ideológicos, culturales, sociales y organizacionales; en oposición a nuevos enemigos; en la perspectiva de una nueva ordenación del pasado y del futuro; y todo ello contenido bajo una nueva unidad de nominación. Esta nueva identidad fue más allá que la especificidad espacio-temporal del movimiento pingüino, existiendo en ella

aspectos abstractos con la generalidad suficiente para ser utilizados por otros actores sociales, a propósito de demandas diferentes que las educacionales, y ser actualizados en distintos puntos del tiempo, pero conteniendo en su seno la estampa del movimiento pingüino como un hito importante en su creación.

- Esta nueva identidad política corresponde a la irrupción pública de una transición política-cultural de larga data, que subterráneamente ha tenido lugar en la generación nacida después del plebiscito de 1989 y socializada en el contexto de los gobiernos de la Concertación.
- El sentido de este cambio identitario, sin embargo, no se desliga de la tradicional distinción izquierda-derecha, sino que, más bien, resignifica sus contenidos.
- No obstante, la identidad política de los participantes en el movimiento de estudiantes secundarios de 2006 se autonomiza crecientemente del espectro de referentes partidarios de la política chilena, los cuales pasan a ser su principal principio de alteridad.

## OBJETIVOS

**Objetivo general:** Conocer la forma en que se conjuga identidad política y acción colectiva en el movimiento de estudiantes secundarios de 2006, el cual tiene lugar en el contexto de cambios importantes en política, en las ideologías tradicionales, y en el carácter de los movimientos sociales.

### Objetivos específicos

- Conocer el modo en que los participantes caracterizan política e ideológicamente el movimiento estudiantil, poniendo especial atención al modo en que la diversidad ideológica y social existente en el espacio de las movilizaciones fue significada por los estudiantes.
- Identificar al enemigo u otro significativo del movimiento estudiantil de 2006.
- Conocer los hitos, símbolos o luchas del pasado que sirvieron de inspiración al movimiento estudiantil de 2006 y el modo en que los participantes entienden éste en relación a aquellos.

- Identificar los elementos culturales y estructurales presentes en los discursos que condicionan la formación de identidades políticas en el movimiento estudiantil de 2006.

## CAPÍTULO II: CONCEPTOS CENTRALES

### IDENTIDAD POLÍTICA

Para efectos de este estudio, identidad política es la forma en que los sujetos ordenan sus representaciones acerca del espacio político atendiendo a la distinción “nosotros/ellos”. Según esta ordenación, los sujetos son conscientes de los marcos de referencia que dan sentido a su acción colectiva, utilizando dichos marcos como instrumentos para sus fines políticos y sociales. La adscripción del marco de referencia al “nosotros” es explícita y por lo general está asociada a una unidad de nominación (nombre) que facilita su manejo cognitivo y, por tanto, su intercambio simbólico en la conversación y la socialización. La identidad no es estática, sino que un proceso en el que operan dos mecanismos simultáneos: por una parte, el “nosotros” busca diferenciarse de la alteridad, y, por otra, homogeneizar su diversidad interna. Su formación, además, responde al doble proceso de agrupamiento y categorización: por un lado, el grupo se autocalifica y describe (agrupamiento), y por otro lado, es descrito y calificado por grupos externos (categorización). Las dimensiones de la identidad son tres: “unidad”, es decir, las formas de caracterizar el “nosotros” y el patrón de relaciones sociales que se producen entre los miembros del grupo; “alteridad”, es decir, las representaciones sobre, y las relaciones con, los grupos no circunscritos al “nosotros”, entendidos en muchos casos como enemigos; y “tradicción”, es decir, la trayectoria en el tiempo del “nosotros”.

En lo que sigue se presentan los planteamientos de distintos autores que han conducido a la definición de identidad política propuesta arriba.

### CONCEPTO

Marcos Novaro (1995) sostiene que el concepto de identidad política puede ser entendido como el principio de unidad de todo actor colectivo, el cual se constituye por la coexistencia de dos sub principios: alteridad y escenificación. El principio de *alteridad* remite a la necesidad de toda identidad de distinguirse de un “otro” para poder existir. Según éste, la construcción de la unidad del actor se produce de forma relacional, esto es,

por la existencia de un adversario y no por sus cualidades intrínsecas. Es por ello que un énfasis desmedido en este principio, afirma Novaro, ha llevado a algunos autores a sostener la inexistencia de todo fundamento de la identidad. El principio de *escenificación*, por su lado, corresponde a lo que más comúnmente en sociología política se denomina “representación”. Este dice relación con la referencia de toda identidad a valores, voluntades o intereses comunes, los cuales proveen a los sujetos de una cierta imagen que los identifica y aglutina como unidad. Sin embargo, estas imágenes no se manifiestan únicamente bajo la forma de ideas, sino que también necesitan de alguien que las abandere y represente, por ello, dentro del principio de escenificación es central el binomio representante-representado.

Los principios arriba delineados son propios de toda identidad, dice Novaro, y no solo de la política. Lo característico de la identidad política, a diferencia de las demás, es la naturaleza de las imágenes representadas, las cuales tienen la propiedad de impulsar a los sujetos a la acción, justamente, política.

Gerardo Aboy Carlés (2001, págs. 49-50), por su lado, plantea que el concepto de identidad política corresponde al:

*conjunto de prácticas sedimentadas, configuradoras de sentido, que establecen, a través de un mismo proceso de diferenciación externa y homogeneización interna, solidaridades estables, capaces de definir, a través de unidades de nominación, orientaciones gregarias de la acción en relación a la definición de asuntos públicos.*

El concepto de Aboy Carlés asume que la identidad política se constituye por medio de prácticas recurrentes en el tiempo, que otorgan sentido mediante un proceso de diferenciación de un ‘otro’, a la par que homogeneizando la propia diversidad interna. Este doble proceso produce un límite entre ‘ellos’ y ‘nosotros’ que genera solidaridades estables y símbolos unificadores que orientan la acción hacia la definición de asuntos públicos. Los asuntos públicos, en la perspectiva de Aboy Carlés, no es un conjunto de temáticas preexistentemente adscritas a ese orden, sino que, más bien, corresponden a los campos de

conflictividad en torno a decisiones que afectan las relaciones de una formación política determinada.

Son tres las dimensiones de la identidad política: alteridad, representación y tradición. Ellas, señala Aboy Carlés, son particularmente útiles para entender los procesos de conformación de sujetos políticos –o unidades gregarias de la acción orientados a la definición de asuntos públicos, como prefiere llamarlos él–. Por *alteridad* se entiende el proceso por el cual una unidad gregaria de la acción construye un límite con un ‘otro’ en términos antagónicos y en relación al cual busca diferenciarse. Esta diferencia, siguiendo la tradición Schmittiana de política, debe ser vista en términos de conflicto, dice Aboy Carlés (2001, pág. 50): “las identidades se constituyen a través del antagonismo: éste es el exterior constitutivo de toda identidad en un sistema de conformación de identidades, único ambiente posible de la constitución de cualquier identidad particular”.

*Representación*, por su parte, corresponde a lo que Novaro (1996) denomina “escenificación”, y alude al mecanismo de constitución del lazo político en que se homogeneiza la diversidad interna de un actor social. Para que esto ocurra son centrales elementos concernientes a la constitución de los liderazgos, a la construcción de ideologías políticas y la relación del actor colectivo con símbolos que lo identifican y cohesionan. Estas dos dimensiones –alteridad y representación– apuntan a los que Ernesto Laclau (1994) denominó las lógicas de la equivalencia y de diferenciación, aludiendo al doble proceso por el cual un actor colectivo se diferencia de un otro al tiempo que por un acto de hegemonía busca homogeneizar su constitución interna.

Finalmente, *tradición* corresponde al sistema temporal en el cual las interpretaciones del pasado y la construcción del futuro al que se aspira dotan de sentido a la acción presente. Según afirma Aboy Carlés (2001, pág. 54):

*Para una sociología de las identidades políticas la identidad de historia y política queda de manifiesto en el hecho de que el pasado, siempre abierto, puede ser reconstruido en función de un presente y un porvenir. Las disímiles luchas pretéritas pueden ser articuladas en un contexto significativo que dote de sentido a*

*la acción. Así, toda unidad de referencia o de nominación resignifica su propia memoria colectiva adecuándola a exigencias del presente.*

En suma, las tres dimensiones que define el autor constituyen identidades políticas por medio de la tensión de un actor social con su propia tradición y del conflicto del mismo con la alteridad, el cual involucra una diferenciación externa y una homogeneización interna simultáneamente.

Hakan Yavuz (2003) en su estudio de las identidades políticas islámicas en Turquía, entiende la identidad política como el proceso por el cual un sujeto colectivo o individual se vuelve consciente de los efectos sociales y políticos de sus marcos de referencia, utilizando dichos marcos como un medio político para lograr sus fines. Ello implica la existencia de un sujeto capaz de definir su unidad en relación a una construcción cognitiva del “ser” y el “deber ser” de la sociedad, y conocer los efectos sociales y políticos de dicha construcción y utilizarlos como un medio de acción política.

Rescatamos de esta definición el carácter explícito que la identidad política debe tener para ser tal. Ello recuerda que la identidad entiende las interacciones entre actores sociales desde la perspectiva interna y explícita de éstos, es decir, según el sentido que ellos mismos atribuyen a sus acciones y sus relaciones con otros. En este sentido, la identidad política se expresa en la acción política propiamente tal, y no a través de opiniones que, por ejemplo, pudieran ser expresadas en encuestas. Desde una perspectiva más general –no limitado a la política– del concepto, Manuel Castells (2005) sigue esta misma línea, señalando que identidad es el proceso por el cual los actores construyen el sentido de sus acciones.

En la concepción de Charles Tilly y Sidney Tarrow (2007, pág. 79) la identidad posee cuatro componentes: 1) una frontera separando a ‘nosotros’ y ‘ellos’, 2) una serie de relaciones al interior de cada lado de la frontera, 3) una serie de relaciones entre ambos lados de la frontera, y 4) interpretaciones compartidas acerca de la frontera y las relaciones entre ambos lados. Rescatamos de esta definición su carácter relacional. Identidad política no se reduce a representaciones e ideas acerca de lo político, sino que también implica relaciones sociales diferenciadas y que se estructuran según fronteras sociales.

Según el planteamiento de Richard Jenkins (2008), la identidad en tanto proceso se genera por la interrelación de dos principios simultáneos: agrupamiento y categorización. Agrupamiento, por un lado, refiere al proceso de autoidentificación grupal que realizan los sujetos en sus esfuerzos por afirmar su unidad, y categorización, por otro lado, corresponde a la atribución de características hechas por grupos externos significativos. Señala el autor la importancia de la identidad para dar sentido al mundo que nos rodea, y en particular la realidad política:

*As the symbolic constitution of relationships of similarity and difference between collectivities and embodied individuals, identification provides the basic template – via analogy, metaphor, homology, etc. – for the wider constitution of the world as meaningful<sup>2</sup>*

François Dubet (1989) plantea que la identidad puede apuntar a distintas lógicas de la acción social y, consecuentemente, distintos niveles de la sociedad. Desde esta perspectiva, el individuo es un actor que debe forjar una imagen subjetivamente unificada de sí mismo, por medio de la administración de estas distintas lógicas de la identidad y dimensiones de la experiencia social.

En un primer nivel, la identidad se constituye como integración, o su contrario, crisis. Es la concepción más convencional de identidad, entendida como la vertiente subjetiva de la integración social. Bajo este punto de vista, la sociedad es un conjunto de roles y normas estables y la identidad es la representación sobre la propia posición dentro este sistema. Los escritos de Durkheim y los funcionalistas son la mejor expresión de esta perspectiva. La contraparte natural de esta visión es la de crisis, es decir, el fracaso de la sociedad de integrar a sus miembros, y de la modernización, en el cual los procesos de cambio desestabilizan las formas tradicionales “naturales” de identificación.

---

<sup>2</sup> Jenkins, 2008, pág. 142: “En tanto constitución simbólica de las relaciones de similaridad y diferencia entre colectividades e individuos encarnados, la identificación provee de un patrón básico –vía analogía, metáfora, homología, etc.- para la constitución del mundo como significativo” (traducción propia)



En un segundo nivel, la identidad puede ser entendida como un recurso al cual los actores echan mano para conseguir sus fines. Esta es la perspectiva estratégica de la identidad, y tiene su expresión histórica en el momento en que la imagen de ciudadano y empresario comienzan a privilegiar una definición del “sí mismo” en términos de capacidad estratégica, en oposición a la idea de conformidad moral con la religión y la comunidad.

En un tercer nivel, la identidad se constituye como compromiso con los valores culturales centrales que definen las relaciones sociales centrales al interior de una sociedad, cuales son la concepción de la naturaleza humana, y los caminos para transformarla y realizarla (Dubet, 1989). Según este compromiso, los actores colectivos trascienden sus intereses concretos, buscando transformar el modelo cultural de la sociedad, y, con ello, definir el carácter de la unidad en torno a la cual giran los conflictos de la sociedad.

La condición de existencia de este nivel de identidad es que la sociedad pueda interpretarse como conformada por orientaciones culturales centrales, las cuales son compartidas por los actores en conflicto, pero entendidas de forma opuesta. Cuando ello ocurre, el orden social existente es visto como un obstáculo para la realización de dichas orientaciones y la identidad un compromiso por superarlo dicho obstáculo. Es por ello que en este nivel, los actores deben conquistar su identidad en contra del sentimiento de pérdida de historicidad, caracterizado por la identificación del orden existente con la naturaleza de las cosas.

Dubet señala que la principal identidad movilizada en este nivel de la acción social es la del sujeto, es decir, el esfuerzo de un actor individual o colectivo por ser el constructor de su propia realidad. Ello es así porque en la sociedad contemporánea la historicidad no se vive como una ruptura radical y trascendente con el presente, como un más allá utópico, sino como una capacidad internalizada en la subjetividad del actor que sabe que la sociedad se produce a sí misma.

#### DINÁMICAS DEL CAMBIO IDENTITARIO

El concepto que da cuenta del proceso de construcción identitaria, y, a su vez, sirve de contraparte dinámica a la noción estática (Aboy Carlés, 2001, pág. 42) de identidad política, es el de acto de identificación; distinción tomada del psicoanálisis de Jacques

Lacan por Laclau (1994). Mientras que identidad es el producto de significaciones identitarias sedimentadas en el tiempo y que, por tanto, posee cierta estabilidad, el acto de identificación corresponde a la desestabilización de la misma y a la creación de nuevas significaciones y referentes aglutinadores. Este concepto asume que la identidad es algo que los sujetos construyen y no algo a ‘descubrir’.

Según Aboy Carlés (2005), el acto de identificación puede devenir, bien en la articulación de discursos dispersos en una nueva unidad de referencia y nominación, o bien, en el desplazamiento de la significación que abandera un determinado actor. Puesto en términos del debate expuesto más arriba respecto de la vigencia del eje izquierda-derecha, el acto de identificación puede significar, o bien, su abandono y sustitución por otro eje que articule a un nuevo actor, o bien, la resignificación de lo que significa ser de izquierda y lo que significa ser de derecha. Así, en el debate sostenido entre Garretón (1992) y Klugmann (1992) en CEP, pareciera ser que el primero argumenta en favor de la resignificación del eje, manteniéndose los mismos actores, y el segundo en favor de su sustitución por otros ejes articuladores de nuevos actores.

Por su parte, Charles Tilly (2004) plantea que los cambios en identidad política deben ser estudiados haciendo la distinción entre mecanismos descriptivos y mecanismos explicativos. Las formas que toman los cambios en identidad política –esto es, mecanismos descriptivos– son las siguientes:

- Inscripción/supresión, es decir, la formación o desaparición de fronteras sociales;
- Activación/desactivación, significando la saliencia de una frontera en determinada situación y su relativización en otra;
- Transferencia de sitio, esto es, la mantención de los grupos que separa una frontera social, pero siendo resignificado uno o los dos lados; y
- Relocalización, es decir, el cambio en la posición de una frontera, separando así actores distintos que en su ubicación anterior.

Identificar cambios en cualquiera de estos ámbitos es el objetivo de nuestra investigación. Ello son, sin embargo, sólo descriptores. Los mecanismos explicativos, por su lado, son eventos que en un rango amplio de situaciones suelen tener efectos similares de transformación de la identidad política. Ellos son (Tilly, 2004):

- Encuentro de dos "sitios sociales"<sup>3</sup> previamente inconexos o con conexión indirecta, lo cual conduce a establecer una frontera, al menos temporal, entre “ellos” y “nosotros” y representarla simbólicamente, operación cognitiva que no necesariamente habría tenido lugar previo al contacto. Es el caso del encuentro entre dirigentes de derecha y de izquierda en el contexto específico del movimiento pingüino, los cuales, dada la situación novedosa en la que se producía, debieron hacer sentido del significado de la frontera que los separaba.
- Imposición de fronteras por parte de autoridades o entidades con poder material o simbólico, las cuales suelen tener consecuencias incluso después de desaparecida la imposición original. Ejemplo de esto es la categorización de las personas según la clasificación de nivel socioeconómico ABC1, C2, C3, D y E, las cuales no representan límites exactos según los cuales las clases sociales se entendían en el pasado, pero que con el tiempo tuvo efecto en ese plano. Más cercano al caso de estudio, es ilustrativo de este mecanismo el intento fracasado del gobierno de crear una división entre los colegios de modo de desgastar el movimiento, convocando inicialmente a los colegios que no adhirieron a tomas o paros.
- Préstamo, según lo cual se emulan fronteras sociales ya existentes en otros contextos sociales, pero aplicadas en el propio.
- Conversación, pudiendo ser cotidiana o de otros tipos de intercambio simbólico de carácter más estructurado. Este suele ser un mecanismo causal de cambio identitario en el que las fronteras sociales se transforman de forma incremental, y no disruptiva. Ilustrativo de este mecanismo fueron los espacios de socialización al interior del movimiento pingüino que tuvieron lugar en las tomas de colegios (largas jornadas de

---

<sup>3</sup> Tilly (2004) entiende por este concepto personas, aspectos de personas (i.e. sus trabajos), transacciones entre personas (i.e. compra-venta), y configuración de interacciones entre personas (i.e. redes sociales).

conversación), y, con un tono más estructurado, las asambleas en las que se debatían los cursos de acción del movimiento.

- Estímulo de cambio, es un mecanismo causal de cambio identitario según el cual existen estímulos positivos o negativos para mantener o, por el contrario, erradicar una determinada frontera social y su consecuente patrón de interacción. Ejemplo para este caso es la opinión favorable que en la opinión pública generó la convivencia en el movimiento pingüino de dirigentes ligados a partidos de izquierda como de derecha, lo que condujo a los participantes a mantener dicha unidad como forma de fortalecerse.

Los anteriores son mecanismos causales directos. En un nivel de abstracción mayor, sin embargo, lo que explica los cambios en la política contenciosa, señalan Tilly y Tarrow (2007, pág. 23), son las transformaciones en la estructura política y en la estructura social del régimen.

Un tipo específico de cambio identitario lo representa el fenómeno de la politización a partir de una identidad que inicialmente no tiene ese carácter, como por ejemplo la de los estudiantes. Según Klandermans (2001), la condición de posibilidad para la politización de una identidad es la existencia de una identidad colectiva involucrada en una lucha de poder y que apela al contexto societal más amplio en la consecución de sus demandas. Por su lado, los pasos psicosociales para que ello ocurra son los siguientes: 1) la percepción de perjuicio por parte de una identidad, que pueden tomar la forma de percepción de desigualdad ilegítima, perjuicios impuestos repentinamente, principios violados y amenaza a los privilegios. 2) El siguiente paso de politización es la atribución del perjuicio a un adversario. 3) Y por último, la apelación a un tercer partido del contexto societal más amplio. Cuando esto ocurre, la politización culmina y se desarrolla plenamente, lo que conduce a cambiar las relaciones con el contexto social más amplio. Este punto es central para denominar a una identidad politizada, ya que existen muchos conflictos inter grupales que no alcanzan tintes políticos, como las guerras de pandillas. Existen, además, otras variables que juegan un rol en la politización de una identidad: el rol de los líderes, la orientación a la dominación social, los mitos e ideologías.

## DESDIBUJAMIENTO DE LAS IDENTIDADES

Marcos Novaro (1995) argumenta que la principal transformación en la sociedad contemporánea en cuanto a identidad política, es el paso al predominio del componente de “escenificación” por sobre el de “alteridad”. Esto significa que las identidades políticas dejan de construir una alteridad tan fuertemente definida por la oposición, y pasan a depender en mayor medida de liderazgos que le otorgan coherencia y unidad a la composición crecientemente heterogénea de la sociedad. No es que las oposiciones desaparezcan, dice Novaro, sino que se moderan.

Aboy Carlés (2005, págs. 12-13), sin embargo, desde una perspectiva teórica que privilegia el componente oposicional en el estudio de identidades, rechaza esta interpretación. Según este autor, lo que ocurre más bien es un proceso de balcanización identitaria, consistente en el mismo fenómeno al que Lechner (1994) denomina “desdibujamiento” de las identidades políticas<sup>4</sup>, consistente en lo siguiente (Lechner, 2002, págs. 93-94):

*Las viejas identidades colectivas de límites claros, estructuración rígida y de largo aliento, ceden el paso al surgimiento de identidades livianas, informales, de geometría variable. Tiene lugar una pluralización de los mundos de la vida cotidiana y las personas aprenden a circular entre las diversas tribus.*

Así, los procesos de construcción identitaria adquieren una creciente complejidad en la sociedad contemporánea, derivado del hecho de que los sujetos tienen una creciente dificultad para jerarquizar de forma clara entre sus diversas identidades, quedando sin un principio identitario dominante. Garretón (2000), sin embargo, sostiene que, no obstante la multiplicidad de identidades que poseen los sujetos, “podemos reconocer una fuente principal de ellas que, en cierto modo, aunque penetrada por las otras, tiende a organizarlas y subordinarlas en un conjunto amplio de circunstancias” (Garretón, 2000, pág. 27).

## LO POLÍTICO

---

<sup>4</sup> A diferencia de Lechner (1994), sin embargo, Aboy Carlés no cree que asistamos al declive de la lógica schmittiana del amigo/enemigo en la construcción de identidades.

## LO POLÍTICO Y LO SOCIAL

La distinción entre identidad y acto de identificación, señala Laclau (1994), es análoga a la diferencia que él mismo establece entre lo social y lo político. Según su planteamiento, lo político corresponde al acto de instituir un significante en la sociedad, develando el fundamento contingente del orden social, al poner de relieve la exclusión de otras posibilidades y la institución de una de ellas por medio de un ejercicio de poder. Lo social, por su parte, es la sedimentación de dichos actos políticos, la supresión de su carácter contingente, su naturalización y repetición. Como apunta Aboy Carlés (2001, pág. 43), *“lo social no es otra cosa que la sedimentación de acciones políticas previas, aquel producto de la acción humana que aparece como una objetividad extraña, reificada”*. El mundo social, de esta forma, se presenta a los sujetos como un orden natural e inalterable, mas, cuando el fundamento de dicho orden es puesto en cuestión, emerge nuevamente lo político. Y, justamente, una de las características más relevantes de nuestros tiempos, dice Laclau (1994), es la politización de las identidades sociales y el cuestionamiento de sus fundamentos.

## SUBPOLÍTICA E INDIVIDUALIZACIÓN

Ulrich Beck (1998) plantea que lo característico de la acción política en la sociedad actual es su evasión de los canales institucionales tradicionales. Esto lo denomina **subpolítica**. Lo que diferencia a la subpolítica de la acción política tradicional, es que, por un lado, los actores aparecen en el campo de la acción fuera del sistema político o corporativo, y, por otro, no son únicamente actores colectivos los que actúan en esta esfera, sino que también individuos. Ello produce una sociedad diferenciada en dos mundos pertenecientes a épocas distintas (Beck, 1998, pág. 134):

*“un doble mundo está surgiendo, que no se puede representar superpuesto: un mundo de instituciones políticas simbólicamente ricas y un mundo de la práctica política cotidiana (...) que pertenecen a dos épocas diferentes, la modernidad industrial y la reflexiva, respectivamente. Por un lado, surge una vacuidad en la*

*acción de las instituciones políticas, por el otro, hay un renacimiento no institucional de lo político: los individuos regresan a la sociedad”*

Este fenómeno tiene lugar en el contexto de un proceso de transformación cultural más amplio, cual es la individualización: “Individualización significa, primero, la desintegración y, segundo, la sustitución de las formas de vida socioindustriales por otras, en las que los individuos deben producir, escenificar y remendar ellos mismos, sus propias biografías” (Beck, 1998, pág. 130). Ello produce la “liberación” de los individuos de los roles y categorías que imponían las instituciones de la sociedad industrial. Es así que la individualización reemplaza la perspectiva centrada en las clases sociales o categorías sociales de otro tipo, según las cuales los individuos se relacionan con la sociedad en tanto miembros de un grupo. La individualización, señala Beck (1998, pág. 131) “presupone al individuo como actor, constructor, malabarista y director de escena de su biografía, su identidad, sus redes sociales, sus ligazones y convicciones”

#### LO PÚBLICO Y LO PRIVADO

En un sentido más general, el espacio político y su relación con el contexto societal también experimenta transformaciones de importancia. Farhad Khosrokhavar (2002) plantea que son dos las principales transformaciones de la política en la sociedad contemporánea. Por un lado, la creciente importancia política que adquieren aspectos concernientes a la vida privada que antes eran excluidos de esta esfera, y, por otro lado, la pérdida de centralidad de la política sobre la vida colectiva e individual, perdiendo así su capacidad de polarizar la sociedad y constituyéndose como una más entre otras esferas que ahora se autonomizan y adquieren consistencia propia:

*“Por consiguiente” –afirma Khosrokhavar (2002, pág. 21)– “asistimos a la irrupción, en el espacio público, de aspiraciones enraizadas en lo privado y que de este modo se politizan, y, en concomitancia, a la desaparición del monopolio de lo político, que hoy se presenta como uno de los momentos esenciales de la vida social, pero ya no como el único”.*

En concordancia con esta visión, Giddens (1991) señala que la política tradicional se caracteriza por el gran poder organizador de los ejes público/privado e izquierda/derecha. En ese contexto, volverse político significa dejar la esfera de la vida privada e ingresar a la pública.

## IDENTIDAD E IDEOLOGÍA

Desde una perspectiva histórica, Héctor Ghiretti (2007) plantea que la identidad política comienza a cobrar relevancia social con el advenimiento de la modernidad. En el *antiguo régimen*, la distinción fundamental en política era la de gobernantes y gobernados. Sin embargo, desde la revolución francesa en adelante, emergen personas que, no estado en el poder, tienen ideas acerca de cómo gobernar y, aún más, quieren llegar al gobierno. Es por ello que la identidad política cobra importancia en la modernidad, y, especialmente, bajo el régimen democrático. Desde entonces la sociedad convive con una diversidad de interpretaciones acerca de si misma que pugnan por imponerse.

Con la modernidad, además, surge la ideología, “una construcción teórica integral, fundada en un aspecto particular del orden social, que aspira a encarnarse en la realidad política y social, definiendo con ese fin una praxis propia” (Ghiretti, 2007, pág. 151). Según Ghiretti, las identidades políticas modernas son producto, en buena medida, de la emergencia de estas construcciones ideológicas. Es por ello que las formas más características de identidad política en las sociedades modernas, son las que derivan del eje Izquierda y derecha. Ellas “constituyen una definición personal y grupal frente a lo político, un posicionamiento del que no rehúyen ni los simples ciudadanos, ni los líderes políticos, ni los hombres de estado, ni los sofisticados intelectuales de la vanguardia más urgente” (Ghiretti, 2007, pág. 151).

El carácter de las ideologías, sin embargo, cambia en la sociedad contemporánea, señala Garretón (2000), pues pierden su carácter totalizante y se convierten en principios tentativos y parciales orientados hacia formas de vida más humanas. Así, las grandes utopías e ideologías de la modernidad, originadas todas ellas en los ejes de la revolución francesa: libertad, igualdad y fraternidad, ya no se cristalizan en una arquitectura ideológica



omniabarcante, sino que, a lo más, en impulsos y referencias culturales de la acción colectiva que se resisten a las contradicciones de la sociedad.

Del mismo modo, Lechner (1994) apunta que los mapas ideológicos propios de la sociedad industrial, se desfiguran en la sociedad contemporánea, por lo que la tradicional forma de concebir la política en la lógica amigo/enemigo, pierde sentido, pues se “desdibujan los límites entre nosotros y los otros y se pierde el marco de referencias y proporciones que permite situar el lugar de cada cual” (Lechner, 1994, pág. 40).

Ernesto Laclau (1994), por su lado, establece un nexo muy estrecho entre la transformación de las ideologías y el cuestionamiento de las identidades tradicionales. Con el término de la guerra fría, afirma, terminaron también las ideologías totalizantes que caracterizaron gran parte del siglo XX, las cuales, en la sociedad contemporánea no han sido reemplazadas por otras que ocupen la misma función estructural. Por el contrario, los intentos de legitimar ideologías presentándolas como portadoras de una misión universal no suscitan adhesión en la población e, incluso, causa desconfianza. En su lugar, emerge una serie de identidades políticas particularistas que no basan su legitimidad con una misión histórica universal. La ausencia de significados últimos que determina este fenómeno, hace que queden al descubierto para los sujetos la naturaleza contingente de los fenómenos sociales y, en particular, los mecanismos por los cuales las identidades se construyen. Así, mientras que en el paradigma esencialista se pensaba a los sujetos como poseedores de una posición unívoca en la estructura social, y que por ello su identidad debía ser descubierta, en la perspectiva de Laclau, la problemática se desplaza hacia su construcción.

## IDENTIDAD POLÍTICA Y MOVIMIENTOS SOCIALES

Sidney Tarrow (1997), señala que lo propio de un movimiento social es la acción colectiva contenciosa. Contenciosa en el sentido de que es realizada por gente que carece de acceso regular a las instituciones y que actúan en nombre de reivindicaciones nuevas o no aceptadas, y que por ello constituyen una amenaza para otros, en especial quienes detentan el poder. Estas acciones colectivas de carácter contencioso dan lugar a movimientos sociales cuando son concertadas en torno a aspiraciones comunes. Así, movimiento social

corresponde a los “desafíos colectivos planteados por personas que comparten objetivos comunes y solidaridad en una interacción mantenida con las elites, los oponentes y las autoridades” (Tarrow, 1997, pág. 21). Son cuatro las propiedades que involucra el concepto de Tarrow. En primer lugar, *desafíos colectivos*, caracterizados por la interrupción e introducción de incertidumbre en las actividades de otros, causada por una acción colectiva. Segundo, *objetivos comunes*, definidos, principalmente, por el interés común de sus miembros por alcanzar una meta específica. En tercer lugar, *solidaridad*, es decir, el reconocimiento por parte de una categoría social de la existencia de una comunidad de intereses, que traduce el movimiento potencial en acción colectiva. Los líderes de la movilización tienen un rol importante, señala Tarrow, sin embargo, éstos sólo pueden tener éxito cuando hacen florecer sentimientos enraizados de solidaridad e identidad común. Y, por último, interacción continuada con *opositores*.

En el planteamiento de Alain Touraine (1997, pág. 100), un movimiento social corresponde a la acción colectiva por la cual “una categoría social, siempre particular, pone en cuestión una forma de dominación social, a la vez particular y general, e invoca contra ella valores, orientaciones generales de la sociedad que comparte con su adversario para privarlo de tal modo de legitimidad”. Este significado concuerda a grueso modo con los elementos que Tarrow propone, sin embargo, varía en dos puntos: por un lado, el movimiento social no está definido necesariamente por una comunidad de intereses, sino que, en términos más generales, por una identidad, y, por otro, especifica que la acción colectiva, para ser un movimiento social propiamente tal, debe referir a las orientaciones culturales generales de la sociedad. Garretón (2002), por su parte, agrega que un movimiento social, para ser considerado como tal, debe poseer cierta estabilidad en el tiempo y algún grado de organización, al tiempo que debe estar orientado hacia el cambio o conservación de la sociedad o alguna de sus esferas. En consonancia con la propuesta de Touraine, Garretón plantea la necesidad de distinguir entre aquellos movimientos sociales que responden a situaciones coyunturales y los que buscan definir las orientaciones generales de la sociedad y su sentido histórico.

En términos analíticos, Touraine (1969) propone entender los movimientos sociales en función de tres principios: identidad, oposición y totalidad. El principio de *identidad* refiere al auto reconocimiento de la unidad de un actor colectivo. El principio de *oposición* corresponde a la existencia de un ‘otro’ contra el cual se entra en disputa. Y, finalmente, el principio de *totalidad* dice relación con las orientaciones culturales generales de la sociedad de las cuales buscan apoderarse los movimientos sociales.

La conceptualización de Touraine acerca de los movimientos sociales se encuentra íntimamente ligada con su teoría social. Según ésta (Touraine, 1995) la constitución de la sociedad puede ser entendida en tres niveles. El primer nivel, el de la *historicidad*, corresponde a las orientaciones culturales que definen los marcos generales en los que las relaciones sociales al interior de la sociedad se desenvuelven. La intervención en este nivel de la sociedad es lo que distingue al movimiento social de otros tipos de acción colectiva. El segundo nivel es el de las *instituciones*, consistente en las formas de producir decisiones y normas legítimas. Por último, el tercer nivel, el de las *organizaciones*, dice relación con sistemas de roles que forman una unidad que persigue determinados fines. A estos tres niveles, Garretón (2002) agrega un cuarto, correspondiente al de los *mundos de la vida*, referido a las acciones individuales y las relaciones interpersonales.

Los niveles de la sociedad poseen importancia substancial para distinguir tipos de acción colectiva, como dijimos, adjudicándose la denominación de “movimiento social” sólo aquellas acciones que alcanzan a disputar las orientaciones generales del nivel de la historicidad. Asimismo, para efectos de identidad política estos niveles también son de suma relevancia. François Dubet (1989), recogiendo los niveles arriba delineados, plantea que en el nivel de organizaciones la identidad se construye como la vertiente expresiva de la integración social de un grupo en que el individuo asimila los roles y el estatus que le es asignado. En el nivel de las instituciones, la identidad corresponde a la instrumentalización del Yo como recurso de poder en el marco de la legalidad institucionalizada. Y en el nivel de la historicidad, la identidad es constituida por medio de la identificación con los principios culturales centrales de una sociedad, en términos de actualización de dichos principios o de su cuestionamiento.

Como se puede apreciar en los planteamientos aquí expuestos, la constitución de un movimiento social posee puntos de encuentro significativos con los procesos de construcción de identidades, y, particularmente, de identidades políticas. El énfasis de Tarrow (1997) en los objetivos comunes y la solidaridad dentro del movimiento social, así como en la interacción continua con un oponente; la propuesta de Touraine (1969) de entender a los movimientos sociales, junto con la totalidad, en función de identidad y oposición; y el planteamiento de Dubet (1989) de analizar la identidad de un actor, del mismo modo que los movimientos sociales, de acuerdo a los niveles de la sociedad que propone la sociología accionalista; llevan a la conclusión de que ambos fenómenos – movimientos sociales e identidades políticas–, poseen similitudes estructurales que producen que el cambio en uno sea causal de cambios en el otro. Así también lo entienden Tilly y Tarrow (2007), quienes señalan que las demandas de un actor colectivo siempre implican el enunciado: “nosotros” hacemos demandas a “ellos”. Es así que la lógica interna de los movimientos sociales, y la acción contenciosa en general, se corresponde con la lógica interna de la identidad, en el sentido de su estructura formal.

Esto no significa que sean fenómenos reducibles el uno al otro, pues los niveles en que se constituyen ambos son distintos y las dinámicas internas por las cuales operan, también. El movimiento social corresponde a un actor colectivo concreto que busca un impacto material o cultural en la sociedad, mientras que la identidad es un fenómeno que se ubica en las representaciones de los sujetos. Por lo tanto, la similitud estructural que planteamos es únicamente formal. Ello no quita, sin embargo, que las co-transformaciones causales que existan entre los dos sean significativas. Cabe la hipótesis de que las transformaciones en la acción colectiva que Garretón (2002) ha identificado en América Latina, sirven de principio explicativo, entre otros, para entender las transformaciones en materia de identidad política, al menos en la que se origina en torno a los actores sociales.

Ello implica aceptar que la identidad no es únicamente un recurso preexistente que un movimiento social utiliza para aumentar su solidaridad, capacidad de acción y coordinación, sino que, también, un proceso que es construido en la medida que se define en relación a sí mismo, a un oponente y a la sociedad. Ello puede tomar la forma, bien, de

la reactualización y fortalecimiento de identidades sedimentadas del pasado, o bien, de resignificación y creación de nuevas identidades. Así, es razonable pensar que, cuando la composición interna de un actor social cambia, y cuando el oponente al cual se enfrenta también cambia, se producen las condiciones propicias para que la identidad política se redefina.

Sin embargo, hay que medir los límites del impacto de la acción colectiva sobre la formación de identidades políticas. Tilly y Tarrow (2007), señalan que el cambio de fronteras sociales y la creación de nuevas, tiene lugar como resultado de procesos externos a la acción colectiva, como en la reorganización del trabajo y las grandes migraciones de población. Así, por lo general la política contenciosa no crea o activa fronteras nuevas. El impacto que poseen los mecanismos internos a la acción colectiva, ocurre más bien en el nivel de activación y desactivación de fronteras sociales ya existentes, esto es, el grado en que una identidad o frontera social adquiere saliencia como punto de referencia en el proceso de levantar demandas colectivas.

Veamos más específicamente cuáles son los procesos y mecanismos que operan al interior de los movimientos sociales, y, más generalmente, de la acción colectiva, que conducen a la transformación de la identidad política en los términos que hemos definido. McAdam, Tarrow, & Tilly (2004) señalan que estos procesos y mecanismos son los siguientes:

- 1) Brokerage: Este mecanismo corresponde a la vinculación de dos o más sitios sociales previamente desconectados o con escasa relacionados en un espacio determinado por intermedio de una unidad que puede significar una persona, una organización, u otro sitio social<sup>5</sup>.
- 2) Formación de categorías: Es un conjunto de sitios sociales que comparten un límite con otros sitios visiblemente excluidos, que tiene un importante efecto sobre la identidad. La formación de categorías sociales se produce por tres sub mecanismos que son aquellos que expusimos más arriba referente al proceso más general de creación de fronteras sociales:

---

<sup>5</sup> Por “sitios sociales”, se refiere a personas, organizaciones, actividades, e, incluso, programas y proyectos.

- a. Invencción: Cuando una autoridad establece un límite, por ejemplo, cuando el gobierno dice “tales personas son puede optar a tal beneficio”.
  - b. Préstamo: Cuando una distinción de categorías son importadas de otro lugar en el cual ya funcionan.
  - c. Encuentro: Cuando dos "sitios sociales" previamente inconexos o con conexión indirecta, se encuentran. Ello conduce a establecer una frontera, al menos temporal, y representarla. Este es el que corresponde para el caso de los pingüinos.
- 3) Cambio de objeto: Este mecanismo afecta considerablemente los repertorios de la contención. Es cuando la relación entre los demandantes y el objeto de las demandas cambia. Ejemplo de ellos es cuando el gobierno canalizó las demandas de los estudiantes a través del Consejo Asesor para la Calidad de la Educación (CAPCE). Este mecanismo altera la identidad política que abanderan los actores sociales en tanto el objeto al cual se interpela, esto es, el “otro”, cambia de carácter, por lo que los criterios por los cuales el “nosotros” se define, también cambia.
- 4) Legitimación (en inglés, “certification”): Es la validación de actores por parte de autoridades externas. Es un fenómeno particular de uno más general: la búsqueda de reconocimiento. En el caso de los pinguinos, fue la prensa la que cumplió principalmente este rol y, también, la opinión pública. La certificación opera como un poderoso mecanismo de selección en la acción colectiva, puesto que las instituciones que legitiman o deslegitiman otros actores que ingresan en el espacio político reconocen un rango muy limitado de identidades políticas (McAdam, Tarrow, & Tilly, 2004, pág. 158).

Estos cuatro mecanismos, afirman los autores, operan causalmente en escenarios muy diversos de acción contenciosa y en la mayoría de ellos producen transformaciones en la identidad política con las cuales los actores sociales abanderan sus luchas.

En un sentido más general, McAdam, Tarrow y Tilly (2004) buscan dar cuenta de los procesos y mecanismos que subyacen a la formación de nuevos actores sociales. Plantean que el primer mecanismo activado en este proceso es el de “apropiación social”, significando la utilización de espacios sociales, instituciones, identidades, etc., por parte de un actor colectivo para conseguir un determinado fin. Ello pavimenta el camino para la activación de un segundo mecanismo, cual es la “acción innovadora”, queriendo decir el cambio de orientación por parte de un grupo que sigue los lineamientos de un nuevo entendimiento de su propósito colectivo y sus posibilidades. Estos dos mecanismos iniciales en la formación de un actor colectivo, sin embargo, no implican directamente un cambio en identidad política. Los autores señalan que, para que eso ocurra, dos mecanismos que ya hemos revisado más arriba adicionales deben activarse. Ellos son: legitimación y formación de categorías. El vínculo entre acción innovadora y certificación/descertificación es evidente, pues cuando un actor colectivo entra en conflicto y con ello rompe con las expectativas de acción de la contraparte, se produce un intenso esfuerzo interpretativo de las dos partes por hacer inteligible la nueva situación, y más específicamente, por establecer la legitimidad o ilegitimidad de la nueva identidad disruptiva, produciendo con ello conflictos y negociaciones respecto de los límites y fronteras que definen a uno y otro.

Finalmente, McAdam, Tarrow, y Tilly (2004) apuntan seis propuestas acerca de la creación, apropiación, activación, transformación y supresión de identidades políticas al interior de la acción contenciosa. Ellos son:

1. Los participantes en la política contenciosa manipulan y utilizan estratégicamente las identidades políticas, tanto propias, como las de las otras partes en cuestión.
2. En una amplia variedad de política contenciosa, la movilización de identidad constituye un elemento central en el proceso de levantar demandas. Es decir, los actores sociales no sólo demandan que indica su petitorio formal, sino que también demandan el reconocimiento de su identidad.
3. Mientras que nuevas identidades emergen al calor de episodios de acción contenciosa, la mayoría de los individuos participan de la pugna a través de llamados a defender identidades previamente existentes que en la acción colectiva son activadas.

4. La forma, el contenido y la efectividad de una identidad movilizadora tiene un fuerte impacto sobre los resultados de la acción colectiva. Es decir, la identidad colectiva constituye un elemento central para explicar el éxito o fracaso de un movimiento social.
5. La creación, transformación o extinción de determinadas identidades, tiene un impacto directo sobre los actores, identidades y formas de acción política que tienen lugar con posterioridad, una vez que el episodio contencioso particular haya terminado.
6. En la explicación de la política contenciosa, lo crucial en cuanto a mecanismos causales depende de las interacciones sociales y no de las mentes individuales.

### IDENTIDAD POLÍTICA Y LAS GENERACIONES

El concepto de generación de Karl Mannheim (1952) distingue tres niveles: locación, actualidad y unidad. Generación como locación refiere a la exposición compartida de una determinada cohorte etaria a una situación histórica determinada. Ello delimita un rango finito de experiencias que moldean en un sentido negativo y positivo su horizonte de sentido. La estratificación de la experiencia, además, produce que una situación histórica común sea vivida de forma distinta por sujetos de distintas edades, de acuerdo a la existencia o inexistencia de experiencias previas que eventualmente les habría predisposto a procesar de determinada manera tales vivencias.

Generación como actualidad es un nivel más concreto, en el que existe la cristalización de una identidad y un estilo cultural propio. El proceso por el cual las generaciones pasan de conformar una locación social a ser un cuerpo social con referentes culturales más o menos distintivos se denomina entelequia, significando la realización de las potencialidades inherentes a una locación social. Mannheim plantea que la entelequia es más probable en sociedades en que el tempo social, esto es, el ritmo de cambio, es más rápido. Cuando es así, las experiencias tempranas –como referencia, de los 18 a los 25 años– de los miembros adultos de la sociedad está muy desfasada de la de los jóvenes, dando lugar a la posibilidad de un quiebre cultural consciente por parte de estos. Pero para que ello ocurra es necesaria la existencia de experiencias cruciales que conduzcan a los miembros de una generación a posicionarse respecto de aquello a lo que definirá su estilo cultural o político. Es así, dice



Mannheim, que las experiencias cruciales operan como agentes cristalizadores de un estilo cultural y políticamente particular. Cabe poner de relieve que históricamente los movimientos sociales han sido importantes agentes cristalizadores de formas culturales latentes en locaciones generacionales, así es el caso emblemático de la generación del 68', quienes al calor de las intensas movilizaciones del año epónimo rompieron con los códigos prevalecientes en la post-guerra mundial y constituyeron un estilo político característico (Offe, 2002).

Por último, generación como unidad es una categoría aun más concreta que la anterior, y refiere a los posicionamientos diferenciales que se producen al interior de una determinada generación. Así, mientras la generación como actualidad se produce por las experiencias compartidas que conducen al quiebre cultural con las generaciones pasadas, la generación como unidad se constituye por los distintos posicionamientos respecto de los referentes históricos compartidos. Los tradicionales subgrupos de izquierda y derecha ilustran este punto, o más actualmente, los nazis y los punk. Es así que tanto la generación como actualidad y como unidad implican la existencia de formas de identidad; la primera en tanto identidad generacional que quiebra con generaciones pasadas, y la segunda en tanto identidad particular que se constituye en oposición a otras unidades pertenecientes a su propia generación. La conformación de unidades generacionales siempre cobra forma gracias a la existencia previa de núcleos concretos, esto es, grupos que poseen vínculos de comunicación entre todos sus miembros, y que producen una cierta interpretación compartida sobre los asuntos frente a los cuales se posicionan.

## CAPÍTULO III: HISTORIA RECIENTE DE LA POLÍTICA EN CHILE Y LA GENERACIÓN DEL 00'

### PERÍODO NACIONAL POPULAR

Haciendo uso del concepto de Matriz Sociopolítica<sup>6</sup>, Manuel Antonio Garretón (1994) entiende el período nacional-popular de la historia de Chile por la relación de fusión, imbricación, subordinación o eliminación entre el Estado, la estructura política partidaria, y la base cultural y socioeconómica. Esta situación definía una estrecha interpenetración entre Estado y sociedad que, según el planteamiento de Manuel Castells (1999), tomó la forma de clientelas políticas entre aquel y los sectores medios urbanos y trabajadores organizados. En este sentido, la sociedad de la matriz clásica era básicamente unidimensional, pues sus distintas esferas –la cultura, los proyectos de vidas y la economía– estaban fuertemente vinculadas a la política, a la vez que la política era multidimensional, pues involucraba diversos aspectos de la vida social que en la actualidad se autonomizan (Garretón, 2000). Por este motivo, en la matriz clásica el Estado constituía el locus del poder y el referente social privilegiado en la acción colectiva.

Un ámbito en que se expresaba la centralidad del Estado y la política en período nacional-popular fue la economía. En esta materia el Estado tenía un rol conductor central, primando una concepción de orientación claramente keynesiana. El tipo de desarrollo predominante fue el desarrollo “hacia adentro”, lo que implicaba el fortalecimiento de la capacidad industrial nacional y la expansión del mercado interno.

Desde el punto de vista de los sujetos, la política tenía una doble significación. Por un lado, era un medio de acceder a beneficios materiales, dado el papel central que tenía el Estado como empleador directo o como ordenador de la economía y la redistribución, y por otro lado, daba sentido a la vida social, ligando subjetividad con proyectos de sociedad y

---

<sup>6</sup> Concepto que refiere “a las relaciones entre el estado, una estructura de representación o un sistema de partidos políticos (...) y una base socioeconómica de actores sociales con orientaciones y relaciones culturales (...); y todo ello mediado institucionalmente por el régimen político” (Garretón, Cavarozzi, Cleaves, Gereffi, & Hartlyn, 2004)

generando subculturas e identidades. Es por ello que los actores sociales que se constituían en referencia a ella eran al mismo tiempo político-ideológicos y político-corporativos, en tanto defendían un sentido de la vida social, a la par que sus intereses materiales.

Garretón (2002) señala que la acción colectiva en el período nacional popular se constituyó por la fusión de cuatro procesos que oficiaban como horizonte de sentido, siendo éstos el desarrollo, la modernización, la integración social y la autonomía nacional. Todos ellos convergían en un único movimiento social central: el Movimiento Nacional Popular. Es decir, de una u otra forma, todos los actores sociales concretos de la época eran al mismo tiempo desarrollistas, nacionalistas y modernizadores, a la par que abanderados del “pueblo” y portadores de un proyecto de cambio global de la sociedad. Los rasgos culturales del período nacional-popular estaban definidos por un ethos mesocrático que apelaba al “pueblo”, el estatismo –en tanto referente simbólico que aglutinaba a la nación–, y la reivindicación concreta e ideológica (Garretón, 2000). En esta línea, era posible demarcar la existencia de un proyecto que movilizaba y aglutinaba a la población en pos de un fin, cual podría ser caracterizado de nacional, popular y democrático. Garretón (2000, pág. 150), refiriéndose a las características de dicho proyecto, señala:

*A nuestro juicio, es la vigencia de un proyecto nacional, democrático y popular, la que mejor define el modelo socio-político de nuestro país en el siglo XX. Es decir, la idea de que el país tiene una identidad y es una comunidad que se va haciendo con el trabajo y las luchas de su gente, de su pueblo, y que el modo como ello se construye se inspira en principios e instituciones que llamamos democráticos. Esto último significa que el esfuerzo de incorporación social amplia, y la búsqueda de resolución de conflictos en el marco institucional y no por la fuerza o la coerción y exclusión.*

#### QUIEBRE Y RECOMPOSICIÓN HÍBRIDA

Según señala Castells (2005), la irrupción de las dictaduras militares y la crisis estructural que afectó al subcontinente latinoamericano en la década de los 80’, llevó a los Estados a romper su alianza con los sectores medios urbanos y trabajadores organizados y a asumir

un rol modernizador en el nuevo contexto de globalización, según los parámetros del neoliberalismo. En el plano político, la dictadura quebró con el papel referencial central del Estado, al reprimir el sistema de partidos y romper sus vínculos con las organizaciones de la sociedad civil (Garretón, 2000), dando lugar a un proceso de desestructuración de la acción colectiva.

En el plano económico, tuvo lugar una serie de ajustes estructurales que significaron el paso de una coordinación social mediante Estado a una coordinación social mediante mercado, efectuado mediante la privatización de empresas públicas, la apertura de las fronteras al comercio internacional, y la desregulación de los mercados. Ello dictó el ingreso pleno de la región a la globalización de mercado, especialmente la del mercado financiero, implicando el establecimiento de patrones de mercado comunes con los países del mundo. Chile fue un caso emblemático a nivel latinoamericano, pues fue de los países en que estas medidas macroeconómicas fueron más tempranamente aplicadas y alcanzaron mayor profundidad. La globalización desbordó la capacidad de acción del Estado, debiendo por ello reestructurarse y replegarse con el fin de seguir siendo competitivo en una economía mundial acéfala, dotada de condiciones técnicas y políticas para la libre circulación de enormes cantidades de capital en tiempo real y a escala planetaria. Con ello, le fueron quitados de las manos importantes sectores de la vida socioeconómica que en el pasado fueron de su competencia indiscutida. Consecuentemente, la sociedad civil, que en la sociedad industrial se constituyó totalmente en referencia a él, quedó en el vacío, sin un interlocutor al cual dirigir sus demandas.

La ideología neoliberal que sirvió de inspiración a esta ruptura, tuvo como finalidad no sólo independizar las esferas económica y política, sino que también subordinar ésta a aquélla. Ello pretendía transformar los mecanismos de mercado en la “columna vertebral” de la sociedad y en la única fuerza constitutiva de actores sociales, lo que implicaba el reemplazo de una matriz sociopolítica por otra diferente (Garretón, 2000). Sin embargo, este reemplazo total fue un fracaso (Garretón, 2000), puesto que, si bien algunos elementos del nuevo modelo hicieron mella, muchos de los elementos característicos del período anterior siguieron teniendo presencia en la sociedad chilena y en el modo de constitución de actores,

en particular, el rol referencial de Estado en la acción colectiva. Ello condujo a la formación de una matriz sociopolítica de tipo híbrido, aglomerando elementos de la matriz nacional popular, otros de la neoliberal, y otros elementos emergentes que se definen autónomamente.

Con la vuelta a la democracia se recuperaron algunas de las formas tradicionales de relación entre Estado y sociedad, pero los objetivos de la coalición gobernante (Concertación de Partidos por la Democracia) –centrados en evitar el riesgo de regresión autoritaria y mantener los equilibrios macroeconómicos, según la lógica liberal–, impidieron la expresión amplia de demandas sociales (Garretón, 2000, pág. 172). Así, en su diagnóstico de las democracias latinoamericanas actuales, Garretón (2000) plantea que su mayor riesgo es la irrelevancia de sus instituciones frente a los poderes fácticos. Esto le impide enfrentar de buena manera los problemas que todo régimen político debe resolver, cuales son: quién gobierna y cómo gobierna; la forma en que la ciudadanía se representa ante el Estado; y, por último, la canalización de las demandas y conflictos sociales.

Asimismo, los partidos políticos ven amenazado el tradicional liderazgo que tuvieron en el período nacional popular, debido a tensiones que provienen al mismo tiempo ‘desde arriba’ y ‘desde abajo’: por una parte, los poderes fácticos les quitan capacidad de gobernar, y, por otra, pierden importancia ante los individuos, quienes no sienten que sean relevantes para sus destinos personales. De esta manera, si bien los partidos políticos tradicionalmente han representado los principales ejes de conflicto de la sociedad<sup>7</sup>, en la actualidad, éstos se desacoplan mutuamente y surgen nuevos temas de relevancia política que no encuentran expresión en los partidos existentes, o, si lo hacen, tienden a tener poca capacidad de vincularse con otros ejes de conflicto. Sin embargo, los partidos políticos, dice Garretón (2000), poseen un rol protagónico e insustituible en la recomposición de las sociedades políticas, en el contexto de una globalización que ha desarticulado la correspondencia entre política, cultura y economía en un espacio territorial y ha derivado en una serie de

---

<sup>7</sup> Ellos son: nacionalismo/colonialismo, centralismo/regionalismo, confesionalismo / laicismo, capitalismo / socialismo y democracia / autoritarismo (Garretón, 2000:102)

problemáticas autónomas entre sí: “Es decir, sin poder representar opciones globales totalizantes, su tarea es la articulación de diversas problemáticas de las que, sin embargo, no tienen la representatividad exclusiva” (Garretón, 2000, pág. 107).

Norbert Lechner (1994) resume las transformaciones políticas en el Chile postdictadura en los siguientes siete puntos:

- 1) Si bien el nacimiento moderno de la política tuvo como principio rector la idea de que la sociedad se construye deliberadamente, desechando los garantes metasociales del orden como la tradición y la divinidad, en la actualidad surge otra ideología de apolitización: la creencia en un orden auto regulado sobre el cual no se puede intervenir, por lo que la política deja de ser un espacio privilegiado para la producción de sociedad.
- 2) Al dejar de ser el centro desde donde se dirige la sociedad y donde está contenida la autoridad, el Estado pasa a ser un espacio de coordinación entre los actores que tienen el poder para acceder a él. Así, la política pasa a ser concebida más como un mecanismo de coordinación que como una instancia de dirección.
- 3) Siendo el signo distintivo de la sociedad moderna clásica su orientación hacia el futuro –un futuro que debía ser construido y no un destino fatal–, la política tenía el rol privilegiado de establecer las metas de la sociedad deseada y dar los pasos hacia ella. No obstante, con el declive de las ideologías utópicas y la fe en el progreso, la noción de futuro se diluye en una creencia en el presente permanente, esto es, el fin de la historia. Por ello, en la actualidad, la política parece reducirse al mero manejo de la contingencia y la acción política se confunde con la gestión pública.
- 4) Otro aspecto de estas transformaciones tiene que ver con los límites de la política. Antes, el poder político tenía su propio espacio de operación: la nación. Sin embargo, la globalización permea los límites de ésta y, al mismo tiempo, desarticula la correspondencia que tradicionalmente existió entre las esferas económica, cultural y política. Por ello, tanto la soberanía nacional como la soberanía popular se han vuelto problemáticas, debido a que las dinámicas del flujo global de capitales impide actuar al Estado de la forma en que antes lo hacía.

- 5) Uno de los cambios más significativos en la sociedad contemporánea, es la extensión de la lógica de mercado a otras esferas no económicas. La política no ha sido impermeable a esto, pues los principios mercantiles del dinero, la competencia y el éxito individual pasan a formar parte de su propia lógica. Es así que el tradicional ethos político del servicio público se encuentra en franca retirada.
- 6) Otro cambio significativo, apunta Lechner (1994), viene de la cultura audiovisual dominante en la sociedad contemporánea. Vivimos en una cultura en que la imagen desplaza a la palabra, los discursos y la lectura como principal vehículo de comunicación y donde la televisión se convierte en su medio por excelencia. Ello produce que, por una parte, la política y el espacio público se tengan que adecuar a la lógica de los medios de comunicación, y que, por otra, la percepción de la población acerca de la política cambie abruptamente. Es así que la legitimación política pasa a depender en de la lógica interna de las imágenes.
- 7) Las transformaciones en la política tienen un gran impacto sobre la identidad nacional, a la par que la transformación de esta impacta radicalmente la actividad política. En este sentido, cabe recordar que la construcción del Estado fue central para la conformación de una cultura nacional. Sin embargo, con las transformaciones de la política institucionalizada, se erosionan los marcos de referencia comunes de la nación, por debilitarse el Estado como espacio de sentido aglutinador de la comunidad política. En las palabras de Lechner (1994, pág. 9):

*El desarrollo del Estado está estrechamente vinculado a la conformación de la llamada 'cultura nacional'. Codificando el lenguaje y el derecho, homogeneizando procedimientos burocráticos y educación escolar, el Estado asegura formas comunes de percepción y razonamiento, hitos compartidos de memoria y perspectiva, o sea, aquel 'sentido común' en que se comunica la gente. A vista de este poder de totalización simbólica que encarna el Estado, ¿acaso hemos tomado conciencia cabal de lo que significa la actual redefinición de la política para la existencia de un marco de referencia compartido por toda la sociedad?*

Esta última problemática nos lleva a indagar en el actual proceso de erosión del imaginario colectivo.

### IMAGINARIO DEL NOSOTROS

Desde la perspectiva de los imaginarios sociales, PNUD (2002) plantea que en el Chile actual tiene lugar un proceso de ruptura con la visión político-estatal de un imaginario público, y su desplazamiento por un imaginario privado. Ello tiene un impacto directo sobre la democracia, puesto que la ausencia de una imagen fuerte del *nosotros*, no permite la existencia de principios de solidaridad y voluntad colectiva que integren a los ciudadanos, produciendo el sentimiento de no tener el poder para decidir la marcha del país. Con ello, se pierde la cultura en torno a la democracia que ayude a entender los procesos sociales como producto de la interacción social, lo cual redundaría en la creencia y el sentimiento de que la sociedad no es algo propio sino que producido por fuerzas ajenas a la voluntad social.

Otro efecto de la debilidad del imaginario del “nosotros”, es la erosión de los actores sociales que tradicionalmente actuaban como representantes del pueblo. Sobre esto Marcos Novaro (1996, pág. 94) señala:

*Las imágenes de la unidad social, aquellas que la constituyen como una persona colectiva, y en base a las cuales determinados actores pueden presentarse como representantes del interés general, es decir, como «el pueblo», son ahora, en consecuencia, más débiles, más transitorias y superficiales de lo que solían ser.*

Según el Informe de Desarrollo Humano de 2002 (PNUD, 2002), el quiebre que se produce en Chile en el imaginario público genera dilemas que pueden ser agrupados en tres aristas. En primer lugar, el emergente imaginario privado está relacionado con el deseo de “ser sí mismo” y, por tanto, con el proceso de individualización. Sin embargo, el persistente temor al caos propio de la cultura política chilena, se impone como un freno que, ante la inminencia del desorden, se lo impide y exige autocontrol a los sujetos. En segundo lugar, la existencia en Chile del mencionado temor al caos impide que se reconstruya una imagen consistente y vital del “nosotros los chilenos”, pues los quiebres traumáticos de la historia



reciente del país han sido escondidos e invisibilizados, produciendo un vaciamiento del imaginario de la unidad nacional. Por ello, “si el miedo al conflicto se proyecta al futuro, podría restar vitalidad a la democracia, porque obliga a una delimitación estrecha (no conflictiva) de lo posible” (PNUD, 2002, pág. 62). Y finalmente, el predominio del imaginario privado tiende a socavar los fundamentos de la acción colectiva y reemplazar una legitimación fundada en la autodeterminación colectiva de la sociedad, por la autorregulación sistémica, propia del mercado. Este, como imaginario colectivo, es capaz de resolver los problemas que devienen de la individualización, pero no de forjar una imagen de sociedad.

### EROSIÓN DE LOS MAPAS MENTALES

Vinculado al fenómeno arriba descrito, Lechner (2002) propone que uno de los principales procesos que tiene lugar en la definición actual de lo político, es la erosión de los mapas cognitivos con los cuales se pensaba la vida en sociedad y se vinculaba la identidad colectiva con una tradición común y un proyecto de futuro. Con ello se pierde un conjunto de ejes clasificatorios que permitían interpretar las distintas opciones en juego en el campo político. Los chilenos experimentan una dificultad creciente de hacer sentido de las posiciones y distancias existentes en el orden político; hacer sentido de las transformaciones en curso y entenderlas desde una perspectiva de pasado y futuro; y, en consecuencia, tomar posición frente a un orden social que les parece cada vez más ajeno y lejano, hacia el cual no pueden sentirse identificados ni vincularse afectivamente. Se produce una incongruencia entre las formas tradicionales de pensar la política y la forma cotidiana de operar de ésta. Ello, señala Lechner, produce malestar en la sociedad.

Se utiliza metafóricamente el concepto de “mapa”, dada su capacidad de simplificar un mundo cuya complejidad escapa a nuestro poder de comprensión global, y establecer las proporciones de tiempo y espacio que permiten recorrer una trayectoria. En las propias palabras de Lechner (2002, pág. 27):

*El mapa es una representación simbólica de la realidad mediante la cual estructuramos una trama espacio-temporal. Los mapas nos ayudan a delimitar el*

*espacio, trazar límites, medir distancias, establecer jerarquías, relevar obstáculos y entornos favorables. Conociendo el marco espacial, podemos hacer mejor uso del tiempo. Los mapas nos permiten visualizar prioridades, fijar metas y diseñar trayectos adecuado al terreno. En fin, contribuyen a enfocar las cosas en sus debidas proporciones.*

Los mapas mentales poseen dos dimensiones fundamentales: el espacio y el tiempo. A continuación revisamos la forma en que la erosión de los mapas cognitivos impacta en la política en estos dos ámbitos.

En cuanto a la primera dimensión, el proceso de globalización, por un lado, y la creciente diferenciación de los subsistemas de la sociedad, por otro, cambian el espacio, geográfico y social respectivamente, en el cual opera el Estado nacional. Debe operar en función de una realidad global que escapa considerablemente a su capacidad de control, y debe reorientar su función conductora en el contexto de esferas autonomizadas.

Estas transformaciones en los espacios geográfico y social, redundan en un cambio en el espacio político en tres ámbitos diferentes:

*Escalas.* Hasta hace poco, la política operaba a escala nacional, primordialmente. Con el doble proceso de globalización y descentralización, sin embargo, su ámbito de acción se diversifica e incluye también el planeta y otros niveles subnacionales. Es decir, debe actuar a distintas escalas que no parecen tener un denominador común. Además, la diferenciación funcional, conduce a una tensión entre la lógica política del Estado, como entidad coordinadora de la sociedad, y las lógicas crecientemente diferenciadas de las otras esferas, como la economía, la cultura, la educación, etc.

*Límites.* La globalización permea los límites tradicionales, por los flujos de comunicación, económicos y migratorios, pero al mismo tiempo establece nuevos límites producto de la segmentación que origina al interior de los países, entre aquellos sectores y territorios vinculados, y aquellos excluidos. El proceso de diferenciación, además, tiende a la conformación de compartimentos estancos, lo cual dificulta a la política cumplir su rol

tradicional de fijar límites entre distintas esferas, entre lo legal y lo ilegal, lo político y lo no político, etc.

*Distancia.* Mientras en el mundo las distancias entre naciones se estrechan, al interior de cada sociedad éstas aumentan. En particular las distancias políticas, las cuales, a diferencia de las polarizaciones ideológicas del siglo XX, comportan una creciente distancia entre gobernantes y gobernados. Como señala Lechner (2002, pág. 33):

*"Diferente a las anteriores polarizaciones ideológicas, hoy en día resalta la distancia entre gobernados y gobernantes. Las identidades colectivas pierden aquella consistencia que facilitaba a la gente medir las cercanías y distancias de su pertenencia, al mismo tiempo que ganan preeminencia nuevos mecanismos de mediación –la televisión– que generan una cohesión rápida, pero volátil."*

La segunda dimensión en la erosión de los mapas mentales es la del tiempo. Los mapas mentales, además de definir ubicaciones, límites y escalas en nuestra concepción del espacio político, también permiten entender la propia posición en la línea del tiempo: de dónde se viene y a dónde se va, y en base a esos dos entendimientos, dónde se está ahora.

El tiempo político está cruzado por dos tensiones. Primero, entre continuidad y cambio, según lo cual, le cabe a la política innovar respecto al pasado acorde a la sociedad deseada, pero al mismo tiempo, debe asegurar una cierta duración del orden que le permita asentar normativamente los cambios. La segunda tensión que atraviesa la política es la que opone dirección de la sociedad en función de objetivos y manejo de la contingencia. Un elemento substancial de la democracia, justamente, es la producción deliberada del futuro, siendo la creación de un devenir mejor el principio de legitimación del manejo del presente. Sin embargo, ello se debe gestionar en el contexto de condiciones prácticas restrictivas, según las cuales ciertos caminos están abiertos y otros no, y según las cuales se debe solucionar problemas que constantemente aparecen con carácter de urgente.

En la modernidad clásica, estas tensiones se daban en el contexto de una concepción del tiempo según la cual existía una fuerte concatenación entre el pasado, el presente y el

futuro. Ello permitía a la política tomar distancia de la contingencia de lo inmediato y conducir la sociedad según un horizonte normativo de futuro. En la actualidad, sin embargo, asistimos a una aceleración del tiempo, cuyo vehículo más ilustrativo son los cambios en la tecnología de la información y el conocimiento. Sin embargo, se descompone la ligazón fuerte que existió en la sociedad moderna entre pasado, presente y futuro, y el tiempo deja de estar estructurado de modo tal que es posible entender los eventos presentes desde una perspectiva temporal y un horizonte de futuro.

El pasado retrocede a visiones míticas y evocaciones emocionales que, si bien continúan teniendo presencia en la actualidad, no sirven como experiencia práctica para su uso social hoy: “La memoria todavía nutre a las identidades colectivas, mas no logra otorgarles un sentido actualizado” (Lechner, 2002, pág. 33). Al mismo tiempo, el futuro se diluye y se transforma en una proyección del estado de cosas presentes. Siguen existiendo los cambios y los “tiempos nuevos”, pero se hace difícil imaginar en qué consisten y delinear el rumbo y sentido de los cambios en curso. Lechner plantea que ello pone en cuestión la noción misma de futuro en su sentido sociológico.

La volatilización del pasado y del futuro producen que el presente sea pensado y sentido como “omnipresente”. Ello socava la tensión propia de la modernidad entre duración y cambio, y la reemplaza por la repetición. No sólo se hace omnipresente, sino que también acelera de forma significativa. Pero a diferencia de otros períodos de la historia, en que el cambio aceleraba la marcha, en la época actual no existe un horizonte de futuro que lo permita poner en perspectiva. Como señala Lechner (2002, pág. 37):

*Me parece que la actual aceleración del tiempo, a diferencia de otras épocas, no es encauzada por algún horizonte de futuro. Dicho crudamente: no existe un horizonte de futuro que permita poner en perspectiva los acontecimientos. No existe un horizonte de sentido en miras del cual podamos imputar una inteligibilidad al desarrollo social. Podemos realizar proyecciones del estado de cosas existente, pero ya no parece haber lugar para proyectos.*

Este desvanecimiento del pasado y del futuro, por un lado, y la aceleración no direccionada del presente, por otro, tienen un impacto directo sobre la capacidad de la sociedad –o parte de ella– de formular proyectos colectivos. De esta manera, la otra característica del tiempo político de la modernidad –la tensión entre conducción en función de objetivos y manejo de la contingencia–, se debilita y abre paso al dominio de la segunda parte de la dicotomía. La política pasa a significar el manejo de la contingencia y se desvanece su capacidad de producir lineamientos de sociedad en función de objetivos a largo plazo.

Otro fenómeno que tiene lugar en relación al tiempo político, es su diferenciación de acuerdo a los subsistemas de acción, o esferas de la sociedad. La diferenciación de las esferas de la sociedad ha producido, también, una diferenciación de las temporalidades características de cada una de ellas, definidas ahora por sus lógicas internas y no por los tiempos propios de la política, que en otro tiempo dictaba la pauta a las otras esferas. Así, los tiempos políticos de elecciones, períodos legislativos, planificación de políticas públicas, etc., no engranan con los tiempos de la cultura, las operaciones financieras, los medios de comunicación, las innovaciones tecnológicas, etc., lo que produce una incapacidad de establecer largos períodos de aprendizaje y maduración.

El problema fundamental que se deriva de los cambios en la temporalidad, señala Lechner, es uno de conducción. Dada la incapacidad de elaborar una solución a la doble tensión de, por un lado, cambiar lo que se ha hecho en el pasado, al tiempo que generando integración normativa, y, por otro, establecer objetivos de sociedad al largo plazo, al tiempo que manejando en función de ellos la contingencia del día a día y las distintas temporalidades funcionales, la política pierde también capacidad de conducir los procesos sociales.

## IDENTIDAD

Un aspecto central de la erosión de los mapas cognitivos es el cambio identitario. En las sociedades latinoamericanas de la matriz clásica, señala Garretón (2000), la identidad principal fue la estatal-nacional, y en referencia a ella se elaboraban los “sentidos comunes frente a la naturaleza, el tiempo, la trascendencia, los otros, la imagen propia, la historia y su proyección” (Garretón, 2000, pág. 28). En ese contexto, tenían lugar subprincipios de

pertenencia simbólica, como la ciudadanía o la clase social, que llegaron a ser fuertes ejes de sentido para la acción colectiva (Castells, 1999). En la actualidad, sin embargo, los sujetos crecientemente se vuelcan, o bien hacia la construcción individualista de sus propias vidas y las de sus familias sobre la base de principios identitarios electivos, especialmente en aquellos sectores sociales que nunca desarrollaron identidades comunitarias fuertes – sectores urbanos por ejemplo–, o bien se refugian en identidades culturales que fueron reprimidas por largo tiempo (Castells, 1999). Como señala Garretón (2000, págs. 179-180):

*La política fue el principal lugar de respuesta a las preguntas por el sentido y las instituciones el principal instrumento de esa respuesta. (...) ambas, política e instituciones, configuraron nuestra identidad nacional y las identidades colectivas. Hoy la política tiende a perder su centralidad en la construcción tanto de la identidad nacional como de las identidades particulares dentro de ella.*

En su estudio de caso en la comuna de Renca, Santiago, Mayarí Castillo (2009) plantea que las principales transformaciones en la identidad política en Chile son, en primer lugar, la desarticulación entre estructura social e identidades políticas, redundando en la dificultad de vincular orientación política y clase social de modo más o menos fuerte. En segundo lugar, se constata que la constitución de identidades deja de producirse en torno a proyectos globales de sociedad, y cada vez más en relación a problemáticas contingentes y específicas. Finalmente, un tercer ámbito de transformación, dice relación con el traslado de las solidaridades desde el nivel ideológico, al territorial, el único espacio donde coexisten solidaridades perdurables en el tiempo, a diferencia del mundo del trabajo actual que carece de la estabilidad de antaño.

En relación al eje izquierda-derecha, Garretón (1994) señala que a mediados de la década de los '90, el eje éste seguía siendo importante para discriminar las orientaciones políticas de los chilenos, habiendo además, un sistema partidario que cristalizaba de buena forma las distintas coordenadas de este eje de un modo bien definido para la población general. No obstante, el país vivía una etapa “plástica” en que las distintas dimensiones del eje cambiaban su peso relativo en la relación entre sí, aumentando algunas su importancia en

desmedro de otras. Como ejemplo, el conflicto por la propiedad de los medios de producción que en la matriz clásica definió de manera importante la división izquierda-derecha, en los '90 ya no lo hacía del mismo modo, pero sí lo hacía asuntos de la vida privada que adquirirían carácter político.

### ACCIÓN COLECTIVA

En relación a la acción colectiva, Garretón (2002) plantea que los tradicionales motivos de lucha política que signaron el campo del conflicto político tradicionalmente –la lucha por la libertad en contextos autoritarios, por la justicia social en sociedades capitalistas, y por la autonomía nacional en países dependientes–, hoy abren espacio a la emergencia de otro motivo irreductible a éstos y de naturaleza substancialmente diferente: la lucha por la felicidad y la autorrealización. Ella redefine la naturaleza de la acción política, puesto que “ni la superación de la explotación, de la opresión, ni las aspiraciones por igualdad y libertad agotan el imaginario y los sueños de la gente: además de ello quieren ser felices y no creen que la igualdad y la libertad les asegure por sí mismas esa felicidad, sino que son aspiraciones irreductibles entre sí” (Garretón, 1994, pág. 59). Ello se condice con la preeminencia que adquiere la política cultural ante la cultura política (Garretón, 1994), redundando en que la preocupación central en torno a la cual se producen los conflictos políticos pasan a ser los temas culturales, de sentido y de las formas de convivencia.

La acción colectiva pasa de estar constituida en torno a la economía y la política en la matriz clásica, a constituirse socioculturalmente en la matriz actual. Es así que los nuevos temas que emergen no logran ser capturados plenamente por las tradicionales luchas por la igualdad, libertad e independencia nacional, pues están más relacionados con la vida diaria de los sujetos, sus relaciones interpersonales, sus logros y aspiración de dignidad, reconocimiento social y sentido de pertenencia, elementos que dicen relación principalmente con la subjetividad y los mundos de la vida, los cuales dejan de pertenecer exclusivamente al reino de lo privado y pasan a tener notoriedad y relevancia en el campo político. Sin embargo, estos nuevos ejes de sentido, afirma Garretón, no reemplazan a los tradicionales, sino que, más bien, le agregan complejidad. Además, los ejes tradicionales de

conflicto son redefinidos por el eje inclusión/exclusión, según el cual los actores colectivos, más que intentar cambiar globalmente la sociedad, buscan ser incluidos en ella.

De este modo, Garretón (2002) plantea que el paradigma de la acción colectiva en América Latina cambia en dos sentidos. Por un lado, se constituye más en términos de ejes de sentido, y menos conforme la posición estructural de los actores, y por otro, dichos ejes dejan de estar imbricados en un único proyecto que los jerarquiza y articula, adquiriendo, cada uno de ellos prioridad, dinámicas internas autónomas y definiendo a actores distintos. Es así que el modelo de la acción política típica de la sociedad industrial, que tendía a concentrarse en una sola gran lucha portada por un solo sujeto revolucionario, tiende a ser reemplazado por una diversidad de actores y luchas que se independizan entre sí. Los ejes de sentido que convocan a la acción colectiva en la sociedad actual, dice Garretón, son: democratización política, democratización social, la reconstrucción de la economía nacional, y la reformulación de la modernidad.

#### LAS GENERACIONES POSTPINOCHETISTAS

Gabriel Salazar y Julio Pinto (2002) plantean que la denominada “generación del ‘68” irrumpió en la escena pública con un sentido de omnipotencia histórica que los llevaba a ocupar los espacios públicos y levantar proyectos ideológicos globales. Ellos creían en los partidos, la jerarquía y en la vanguardia; poseían una memoria histórica más bien externa e ideologizada; y su dolor era un dolor latinoamericano, metafísico, contra la explotación y el imperialismo. Su ideología global los llevó también a creer en la revolución total, fustigados por un lenguaje teórico que alumbraba todos los fenómenos sociales, económicos y culturales, en función de un sentido global de la historia.

Por su parte, Garretón (1994) señala que a mediados de siglo XX, la juventud como actor social era entendida como el movimiento universitario y sus dirigentes: una elite integrada que tenía un camino de vida más o menos asegurado, en la política o en sus respectivas profesiones, lo cual les llevaba a sentir que tenían el mundo por delante. Este movimiento puede ser entendido en dos dimensiones, por un lado, como un cuerpo corporativo que buscaba maximizar las condiciones de su próxima integración en la sociedad, y por otro, un



movimiento que, sin importar el signo político, tenía aspiraciones de cambio total de la sociedad.

El golpe militar de 1973 y la subsecuente represión y estrechamiento del espacio público obligó a los jóvenes a buscar refugio en el espacio local para mantener su identidad. Allí, en las iglesias y parroquias locales, comenzaron a forjar una cultura generacional marcadamente distinta a la anterior. La clandestinidad y la introversión a la que fueron obligados los llevó a producir una transición cultural cuyos efectos son visibles hasta el día de hoy. En palabras de los autores (Salazar & Pinto, 2002, pág. 237):

*Era una cultura emergente, que tendía a transformar la memoria de la derrota en un poder interpretativo y expresivo capaz de alentar una nueva identidad generacional. Las decenas de miles de grupos juveniles que se formaron entre 1974 y 1982 se enfrascaron en un murmullo continuo, en un diálogo ininterrumpido, en una marejada de símbolos orales retumbando en un mundo de catacumbas (humano, social, comunitario, creativo), henchido de luz interior (...). No era el espacio público, pero era el espacio autónomo "de las bocas"*

Es así que en la segunda mitad de la década de los '70, la juventud comenzó a crear una cultura generacional marcada por la introversión en el espacio local, desplegando formas de organización horizontales, y una gran valoración por la expresión de la subjetividad. Característico de esta generación es la ausencia de referentes ideológicos globales externos que aglutinen identidades políticas, ni la existencia de un enemigo estable y definido, ni partidos políticos a los cuales tomar en serio, ni una sociedad a la cual integrarse con entusiasmo. Lo que sí tienen, dicen los autores, es potencia cultural, una enorme asociatividad, y el impulso a crear sus propios espacios de participación, lo cual es "equivalente a tener el principio generador de toda 'nueva' sociedad" (Salazar & Pinto, 2002, pág. 262). Ello da lugar a pensar en la posibilidad futura de una irrupción en el espacio público abanderando un proyecto (Salazar & Pinto, 2002, pág. 235):

*Divaga en sus sentimientos un "mundo posible" que no tiene referentes externos, ni reales ni ideológicos, pero sí una residencia ambulatoria en los propios sujetos*

*juveniles, en sus sensaciones, en sus identidades provisionarias, en sus expresiones culturales espontáneas. Es posible que esas residencias ambulatorias no se vayan a integrar jamás; que vivan para siempre en extramuros, como campamentos de nómades. Pero también es posible que sigan enredándose unas con otras para terminar "tejiendo" una trama alternativa cuya identidad histórica no es posible conocer aun.*

Enfrentados a un ambiente hostil y competitivo, los jóvenes populares se resguardan en sus redes sociales locales y “carretes”, donde generan “identidades sustitutivas”, las únicas posibles en una sociedad como la descrita. El “carrete” es un tipo de asociatividad propio de nuestros tiempos y representa una forma de reagrupación juvenil multitudinaria, “por abajo” de la institucionalidad. Salazar y Pinto (2002), señalan que esta forma de asociatividad cumple una serie de elementos de suma importancia en la construcción de identidad, entre ellas, el intercambio de experiencias y memorias, la posibilidad de autoexpresarse, moverse al margen de los prejuicios, desplegar la imaginación individual y colectiva, dar opiniones sin miedo a represalia, la posibilidad de formular críticas constructiva a problemas de personalidad, proyectar el futuro de corto y mediano plazo y constituir una identidad grupal mínima.

Otras características de las generaciones actuales son las que desarrolla Garretón (1994), planteando que, contrario a las anteriores, la actual es una juventud multitudinaria y heterogénea, irreductible a su componente universitario. Incluso éste último, a diferencia de su equivalente de décadas atrás, no tiene un futuro asegurado, pudiendo incluso decirse que en su mayoría, no se representan a sí mismos en la posición de los integrados. Es así que vive en ellos la paradoja de querer ser integrados en la sociedad, pero rechazar los canales que se les ofrece, puesto que la política ya no parece ser el mecanismo único de autoafirmación e integración que fue en la década de los '60. La siguiente cita expresa bien la tensión aludida (Garretón, 1994, pág. 97):

*(...) se expresa ahora una combinación desgarrada del deseo de integrarse y ser parte de la sociedad y la desconfianza radical en todo lo que sea institución. No hay*

*el rechazo ideológico a la sociedad moderna, como lo hubo en ciertos sectores al estilo hippie en la década del sesenta. Hay frustración por pertenecer a "los que sobran.*

De esta forma, señala Garretón (2006), en la actualidad la categoría de “lo juvenil” se borrona, producto de la heterogenización interna de los jóvenes y el hecho de que algunas características que antes les eran específicas, ya no lo son, permeando distintas capas etarias, como pudiera ser la situación de inestabilidad y la actitud de crítica a la sociedad.

Respecto de la desafección de los jóvenes hacia la política, Lechner (2002) plantea que es producto de un incumplimiento de las expectativas que habría generado la transición a la democracia. No en relación al bienestar material, ámbito en el cual sí se reportó una mejora reconocida por la población, sino que en aquellas promesas que apuntaban a un cambio en el modo de vivir en sociedad. Los cambios vertiginosos que experimentó la sociedad chilena en los años postdictadura, no fueron experimentados por parte de los jóvenes, y la sociedad en general, como producto de la propia acción colectiva. Por ello, la política se fue alejando cada vez más de la vida cotidiana y la subjetividad.

## **MOVIMIENTO ESTUDIANTIL DE 2006**

Juan Carlos Gómez Leyton (2006) propone que el movimiento pingüino debe ser entendido como expresión de un nuevo tipo de conflictividad social, que tiene lugar por primera vez en Chile en el contexto de una sociedad neoliberal triunfante. De esta manera, el autor descarta que las movilizaciones estudiantiles remitan a la misma lógica que los conflictos con origen en el apoyo o rechazo de la dictadura a finales de los 80’ o de su memoria en los años posteriores de democratización. En palabras del autor (Gómez, 2006, pág. 108):

*La masiva movilización secundaria no se inscribe en las luchas sociales y políticas estudiantiles contra la dictadura de los años ochenta, ni es parte de las movilizaciones que gatillan la memoria histórica de los últimos treinta años, sino que es la expresión de la nueva conflictividad política y social que atraviesa transversalmente a las sociedades neoliberales, entre la sociedad civil, el mercado*

*y el Estado. Por esta razón, la “rebelión de los pingüinos” debe ser considerada como un nuevo tipo de “movimiento social”, el primero que experimenta una sociedad neoliberal triunfante.*

El autor caracteriza el neoliberalismo triunfante como una sociedad donde las reestructuraciones capitalistas fueron profundas y de larga duración, produciendo una estructura social mercantilizada, despolitizada, fragmentada y mediática. Esta lógica neoliberal sin duda tiene expresión en el sistema educacional, en el cual la distribución de los recursos educativos ha sido dejada en manos del mercado. En este contexto, los estudiantes de la mayor parte del sistema público tienen posibilidad de acceso, pero no de una educación de calidad. Muchos de ellos asisten a la escuela o al liceo, pero su bajo desempeño académico no les permite ingresar a buenas universidades y deben conformarse con títulos poco valorados en Institutos Profesionales y Centros de Formación Técnica, que ofrecen carreras cortas de dos años. Al mismo tiempo, ellos son conscientes que los que estudian en el sistema privado tienen mejores herramientas educacionales que les permiten integrarse exitosamente en buenas universidades y posteriormente en el mercado laboral. La siguiente declaración por parte de una estudiante citada por Alejandra Falabella (2008, pág. 8) es claro reflejo de este planteamiento:

*Lo que queremos es que ricos y pobres o vulnerables tengan igualdad frente a la educación. Los jóvenes están cansados de constatar que rindieron una mala PSU10 en comparación con el resultado obtenido por un joven de colegio particular. Están cansados de cargar ese sentimiento de ‘por qué a mí el Gobierno no me dio la educación que merecía o la que yo quería’. Es hora que se comprenda que nosotros estamos luchando por un derecho a la educación y no por un privilegio.*

Un aspecto particularmente novedoso que Gómez Leyton (2006) reconoce en el Movimiento Pingüino es la diversidad e incluso contradictoriedad que contiene tanto social como políticamente. Junto con esto, plantea cinco puntos que lo caracterizan. En primer lugar, el movimiento estudiantil de 2006 es expresión de un conflicto propio de una sociedad neoliberal triunfante, que está liderado por organizaciones de la sociedad civil al

mismo tiempo contra el Estado y el mercado, y cuya problemática de fondo es concebir a la educación como derecho y no como un servicio mercantil. Segundo, posee una manera de organizarse original y autónoma de los partidos políticos. Tercero, no se revelan únicamente contra un sistema, sino que también contra los adultos que han perdido la noción de futuro y abandonado la búsqueda de ser los sujetos de su propia historia. Cuarto, expresa el descontento con un sistema escolar que no prepara para integrarse exitosamente en la sociedad ni el sistema laboral, como dice un estudiante al que se cita Gómez Leyton (2006, pág. 114), “la sociedad ve sólo la violencia de un día de protesta callejera y no ve la violencia de no poder seguir estudiando, la incertidumbre de poder o no llegar a ser profesional, la duda de si el título profesional va servir para algo”. Lo que hay, en este sentido, es una demanda de protección frente a un futuro incierto, pero no se tiene unanimidad respecto de quién debe asumir tal responsabilidad. Existen, dos posturas al interior del Movimiento respecto a este punto: los estatistas, que buscan que la propiedad de la educación debe pasar al Estado, y los regulacionistas, quienes bogan por que se mantengan los privados en educación, pero con mayor nivel de exigencias y fiscalización. Por último, y especialmente interesante para efectos de este estudio, en el transcurso de las movilizaciones, los estudiantes descubrieron la política, las potencialidades del Estado y la democracia, “Pero no cualquier “Estado”, ni cualquier “democracia”, ni cualquier “política”. El estado con responsabilidad social, la democracia directa y la política construida por todos” (Gómez, 2006, pág. 115).

Otro autor que ha señalado la novedad que significó el movimiento secundario de 2006 en cuanto a constitución de actores sociales es Garretón (2006), según el cual existen tres características que distinguen a este movimiento de los del pasado. En primer lugar, logra vincular a las tradicionales demandas concretas (rebaja da pase escolar, PSU gratis), otras de carácter estructural, particularmente, la de derogación la LOCE, una ley orgánica con status constitucional. En segundo lugar, no se enmarca en luchas lideradas por los actores sociales tradicionales, sino que, por el contrario, se trata de un movimiento de estudiantes que articula en torno a sus propias demandas a otros sectores de la sociedad que buscan expresar un malestar. Por último, se constituye como actor colectivo ampliamente por fuera

del sistema político partidario; medio por el cual tradicionalmente se han expresado las reivindicaciones sociales en Chile. En las propias palabras de Garretón (2006, pág. 118),

*las vinculaciones con los movimientos sociales cambian y asistimos, entonces, a una nueva forma de estos de constituirse políticamente o a una nueva politización, en que la autonomía de los movimientos respecto de la política oficial se acrecienta y en que ya no se trata de un actor que es la vez social y partidario, sino de uno que combina en forma original y compleja su relación con la política y se presenta como interlocutor no representado en la política oficial y, por lo tanto, actuando “frente” a ella y no “en” ella.*

Ruiz (2007), del mismo modo, apunta a tres características del movimiento secundario. Por un lado, presenta una serie de rasgos que desmienten el supuesto “retiro” a la vida privada de los jóvenes ante la emergencia de la cultura postmoderna y del consumo, sino que por el contrario, los secundarios demostraron capacidad de disputar argumentadamente asuntos de interés colectivo fundamentales para el modelo de desarrollo, tales como el status del lucro y el rol del Estado en la educación. En palabras del autor (2007, pág. 30):

*La llamada generación “pingüina” acabó de un plumazo con una serie de mitos que parecían inamovibles. Desplomó la repetida idea de que la juventud formada en estos años, de supuesto imperio de una cultura posmoderna, resultaba intrínsecamente desinteresada en la “cosa pública”, eminentemente enajenada detrás del carrete, el consumo y la satisfacción individual, inalterablemente presa de la pasividad del “no estoy ni ahí”. Empero, no sólo se tomó las calles y liceos, sino que terminó por secuestrar la mismísima agenda política del país.*

Por otro lado, plantea Ruiz, existió un apoyo generalizado por parte de la población a las movilizaciones estudiantiles, no tan sólo desde los sectores populares, quienes tradicionalmente se lo han brindado, sino que también desde las clases medias. Una tercera característica del movimiento pingüino es que expresó y desnudó a la luz pública el malestar de las clases populares y medias –cada una con sus especificidades– ante la incapacidad del sistema educativo de impulsar el ascenso social.

González, et al. (2007) plantean cuatro novedades que trajó aparejado el movimiento “pingüino”. En primer lugar, restó iniciativa y subvirtió las mediaciones políticas liberales que propuso el gobierno, constituyéndose como una ciudadanía activa que se organizó a través de asambleas. Además, su acción colectiva la instaló como sujeto colectivo desde una identidad popular y no atomizada como supone la visión liberal de la ciudadanía. El segundo punto que plantean los autores, refiere a que los estudiantes lograron una articulación de demandas macro y micro, articulando, por un lado, demandas concretas como las de rebaja en el pase escolar y cambios en las formas de organizar los asuntos en los establecimientos educativos, y, por otro, una crítica a leyes constitucionales básicas y a los valores predominantes de la ideología neoliberal. En tercer lugar, el movimiento estudiantil logró encauzar bajo una misma bandera a sectores medios de los liceos emblemáticos y a sectores marginales. Y por último, el movimiento tuvo lógicas de organización horizontales, en el que las instancias formales, como los centros de alumnos, tuvieron poca incidencia, siendo los colectivos las organizaciones de mayor peso en las movilizaciones. Además, su instancia de participación central fueron las asambleas, donde se formaba la voluntad colectiva y donde se elegían a los portavoces, sujetos representantes del movimiento con poca capacidad de concentrar poder.

De la discusión de los distintos autores anteriores interesa rescatar los siguientes elementos sobre el movimiento estudiantil de 2006:

- Es expresión de un conflicto propio de una sociedad neoliberal triunfante y en cierta medida se desliga de los conflictos que se derivan del eje autoritarismo/democracia propios de fin de los 80’ y el período de democratización.
- Logra levantar demandas de carácter estructural, recibiendo el apoyo generalizado de la población y sectores que se organizan en torno a sus propias demandas, al desnudar la crisis de la educación como mecanismo de ascenso social, fuertemente segregado y que no asegura la integración, marginando importantes segmentos de la población que no poseen las herramientas educacionales que les aseguren el porvenir.

- Posee una forma particular de organización en la que se conjuga autonomía del sistema partidario, heterogeneidad política y social, y horizontalidad organizativa en la que predominan las reuniones en asamblea y liderazgos revocables sin potestad de decisión.
- Por último, tiene importantes consecuencias en lo que refiere a la relación entre los jóvenes y la política y, más generalmente, en la definición de lo político en Chile, siendo un factor que permite pensar a la juventud como sujeto que puede dar sustancia a la democracia y la ciudadanía.

Ahora bien, interesa entender en un sentido más específico cómo se produce la relación entre los jóvenes que participaron en el movimiento estudiantil de 2006 y la política. En su estudio sobre este tópico, Camila Ponce (2010) señala que éstos poseen un fuerte interés hacia la política, pero tienen dificultades para identificarse con los partidos, pese a que muchos tienen valores marcadamente de izquierda o de derecha. Así, por ejemplo, la autora cita (Ponce, 2010, pág. 11) a una alumna que señala:

*Yo considero que los políticos tienen problemas para comprender las diferencias entre la derecha y la izquierda, entre la derecha y el centro, y entre el centro y la izquierda. Por ejemplo el gobierno se supone que es socialista, pero al final es socialista y capitalista al mismo tiempo. Esto me parece totalmente absurdo, por esto, yo no tengo un partido claro en este momento.*

El interés hacia la política, señala Ponce, varía según la posesión de capital cultural y el interés de los padres, siendo la socialización primaria –la familia– el espacio fundamental donde tiene lugar la adquisición de orientaciones políticas. Por su lado, el rol de la socialización secundaria –relación con los amigos y compañeros de liceo– es importante también, pero no tanto en la orientación política, como sí en la formación de asociatividad política y la articulación de movilizaciones.

Todas estas variables, sin embargo, se presentan fuertemente estratificadas según el tipo de establecimiento educativo al que se pertenece, siendo la distinción principal la de liceos públicos de centro y liceos de periferia. Aquellos son establecimientos que pueden seleccionar alumnos con buen rendimiento académico y posibilidades de integración social



y económica, mientras que éstos son Liceos que acogen alumnos con pocas posibilidades de integración social y bajo rendimiento académico. Así, la caracterización cuantitativa de ambos grupos muestra lo siguiente:

- Los estudiantes de centro se interesan más por la política que los de periferia (69% contra 22%).
- Un 77% de los estudiantes de centro piensa que la distinción izquierda-derecha es significativa, mientras que sólo el 22% de los estudiantes de periferia piensa lo propio. De este modo, el 78% de los alumnos de periferia considera que la mencionada distinción no es significativa.
- En cuanto a orientación política, un 52% de los alumnos de liceos de centro no se siente inclinado hacia ninguna posición del eje izquierda-derecha, mientras que 21% se inclina hacia la izquierda, 11% hacia el centro y 10% hacia la derecha. Entre los alumnos de liceos de periferia, por su parte, el porcentaje que no se identifica con este eje se eleva a 87%, mientras que las posiciones de centro, izquierda y derecha tienen 7,4% de adhesión cada una.
- En relación a la adhesión partidaria, el 61% y 76% de los estudiantes de liceos de centro y periferia, respectivamente, no se identifican con partidos políticos.
- Finalmente, el espacio en que los estudiantes más discuten sobre política es la familia, y en segundo lugar, el liceo, con compañeros y amigos. En el caso específico de los liceos de periferia, sin embargo, es con los profesores con quienes los alumnos más discuten sobre política.

## CAPÍTULO IV: METODOLOGÍA

### TIPO DE ESTUDIO Y DISEÑO DE INVESTIGACIÓN

La metodología utilizada en esta investigación es la de “estudio de caso”, consistente en el “estudio de la particularidad y la complejidad de un caso singular, para llegar a entender su actividad en circunstancias importantes” (Stake, 2007, pág. 11). Buscamos producir información sobre un único grupo y en un momento determinado de la historia, es decir, no se plantean otros grupos de comparación ni se mide la evolución en el tiempo del grupo en estudio.

A su vez, la investigación se plantea como descriptiva, pues se centra “en el análisis de cómo es y cómo se manifiesta un fenómeno y sus componentes” (Hernández, Fernández, & Baptista, 2002, pág. 71). Así, buscamos describir un aspecto particular de un sujeto de estudio que ha sido tratado por otros trabajos, tanto directa (estudios específicos sobre el movimiento de estudiantes secundarios de 2006) como indirectamente (estudios sobre experiencias similares en otros movimientos), razón por la cual, más allá de la exploración, podemos abordar con cierta profundidad la manifestación de sus distintos componentes.

Con este propósito, se utilizó metodología de investigación cualitativa. Ella posee la virtud de indagar en las estructuras subjetivas del actor social. No en vano ha sido denominada por Jesús Ibáñez (1991) de estructural, a diferencia de la metodología cuantitativa, la cual busca conocer la distribución de variables de estructuración ya conocida en una determinada población muestral. El estudio de las identidades, creemos, es particularmente apropiado para ser efectuado por medio del método cualitativo, debido a que implica ahondar en elementos fuertemente subjetivos, como son el sentido de pertenencia a un colectivo y de diferenciación con un otro.

La producción de información será realizada por medio de entrevistas en profundidad. Esta estrategia consiste en encuentros reiterados entre el investigador y los informantes, que busca comprender “las perspectivas que tienen los informantes respecto de sus vidas,

experiencias o situaciones, tal como las expresan con sus propias palabras” (Taylor & Bodgan, 1986, pág. 101).

La muestra es definida por criterios teóricos y por la técnica “bola de nieve” (Taylor & Bodgan, 1986), consistente en acceder a los informantes por medio de contactos de participantes previamente entrevistados. El criterio teórico estará dirigido a entrevistar a sujetos que hayan participado activamente durante las movilizaciones estudiantiles de 2006, buscando cubrir en la muestra todas las posiciones estructurales que allí confluyeron, es decir, a dirigentes, portavoces, participantes en tomas y asistentes a marchas. Asimismo, se entrevistará a sujetos provenientes de la mayor diversidad de orígenes ideológicos posible: militantes de distintos partidos políticos, simpatizantes sin militancia en las distintas posiciones del espectro izquierda-derecha, y sujetos que no se identifican en las categorías políticas tradicionales. Las nueve entrevistas realizadas son las siguientes<sup>8</sup>:

<b>Identificación</b>	<b>Colegio/Liceo</b>	<b>Orientac. Política</b>	<b>Participación</b>
<b>Hombre 1</b>	Valentín Iletelier	Izquierda	Vocero
<b>Mujer 1</b>	Liceo n° 1 de niñas	P. Socialista	Vocera
<b>Mujer 2</b>	Insuco 2	Izquierda	Vocera
<b>Mujer 3</b>	Javiera carrera	Indefinido	Centro Alumnas
<b>Hombre 2</b>	Ins. Nacional	Indefinido	Comisiones
<b>Hombre 3</b>	Ins. Nacional	Indefinido	Comisiones
<b>Hombre 4</b>	INBA	Indefinido	Participante gral.
<b>Hombre 5</b>	Manuel de salas	Izquierda	Participante gral.
<b>Mujer 4</b>	Liceo de Temuco	Izquierda	Participante gral.

## TÉCNICAS Y CATEGORÍAS DE ANÁLISIS DE LA INFORMACIÓN

Los datos que se utilizan en el análisis son primarios, aquellos producidos por medio de las entrevistas en profundidad. La información generada es analizada por medio de análisis de contenido, el cual busca ligar en un corpus textual los niveles sintáctico, semántico y

<sup>8</sup> Por compromiso de privacidad, se identifica a los entrevistados de acuerdo a su género y un número; al colegio al que pertenecían en 2006; a la orientación política o partido de militancia, en los casos aplicables; y a la función que cumplieron en las movilizaciones.

pragmático del habla (Navarro & Díaz, 1994), esto es, el modo en que el contenido explícito del texto (nivel sintáctico) se vincula con las significaciones allí depositadas (nivel semántico) y las orientaciones prácticas de la acción (nivel pragmático). En los términos de Taylor y Bodgan (1986), el análisis de contenido consiste en la decodificación de un texto tendiente a ordenar las dimensiones discursivas allí presentes en función de los objetivos de la investigación. Finalmente, el análisis será realizado con ayuda computacional, específicamente, con el software de análisis cualitativo Atlas Ti.

A continuación se presentan las dimensiones y subdimensiones que se utilizaron en el análisis. Se explica brevemente qué se entendió por cada una de ellas y luego se presenta la tabla de análisis.

**Nosotros:** esta dimensión constituye el tronco del análisis y lo primero que se quiere conocer acerca del movimiento pingüino. Aquí se hurga en la capacidad de los entrevistados en describir el movimiento como una unidad que se perpetúa más allá del evento específico de las movilizaciones. Desde esta perspectiva diferenciamos explícitamente entre acción colectiva e identidad política y consideramos que cada una posee dinámicas autónomas la una de la otra y no necesariamente implicándose mutuamente en la práctica social, pudiendo darse la situación que un actor colectivo no posea identidad política. Con esto nos distanciamos de la perspectiva clásica, según la cual la acción colectiva es necesariamente desplegada por un actor que ocupa una posición estructural definida en la sociedad (Garretón, 2002) y consecuentemente posee una identidad política única. De esta manera, buscamos en los discursos de los entrevistados indicios de elementos simbólicos que, por un lado, sean suficientemente abstractos para perpetuarse más allá del episodio de movilizaciones de 2006 y, por otro, suficientemente delimitados como para permitir la diferenciación de la alteridad. En suma, el nosotros es lo que los propios actores definen como nosotros, y existe identidad política en la misma medida en que les sea posible autodescribirse en el nivel que aquí hemos delineado.

Las subdimensiones del “nosotros” que utilizamos en el análisis son las siguientes: 1) ideología, es decir, las autodescripción ideológica del movimiento; 2) liderazgo, las formas

en que el grupo se constituye organizacionalmente y produce representantes; 3) nominación, esto es, las unidades de nominación que se asignan; 3) nosotros pingüinos, es decir, la descripción como actor colectivo estudiantil y no como categoría política; 4) representación, significando las categorías sociales de las cuales los estudiantes se decían representantes; y 5) simbolización, correspondiente a los objetos culturales que condensaron y representaron la lucha que tenía lugar.

**Diversidad interna:** aquí buscamos conocer las formas en que los entrevistados concibieron las distintas partes que compusieron el movimiento en distintos ámbitos. Cabe señalar que esta dimensión fue la que primeramente nos condujo a preguntarnos por la identidad política en el movimiento pingüino, puesto que la composición novedosa y ampliamente reconocida de éste permitía formular la hipótesis de la existencia de cambios substantivos en la materia. De esta forma, fue particularmente importante en el análisis la interpretación de los entrevistados acerca de la coexistencia en el movimiento de líderes afiliados a partidos políticos de derecha y otros de izquierda. Ello nos podría dar indicios –o no– de un proceso de desgaste de los clivajes tradicionales de la política chilena y su reemplazo por otros nuevos. Las subdimensiones en las que se estudia “diversidad interna” fueron 1) posicionamiento ideológico individual, 2) distinciones semánticas internas, es decir, las formas de nombrar la diversidad de orientaciones políticas, y 3) bloques, esto es, los conflictos que produjeron grupos concretos que disputaron la orientación del movimiento y finalmente condujeron a su división.

**Enemigos:** Otro componente del concepto de identidad es el alter, y cuando pensado políticamente, un alter antagónico (Aboy Carlés, 2001). El carácter de lo que los actores definen como enemigo dice mucho acerca del carácter de ellos mismos, tal que si aquel es definido ideológicamente, es probable que la autodescripción sea también ideológica, y si es definido únicamente en términos de posición de poder (gobernante/gobernado), es probable que haya dificultad en la construcción de identidad política, como ha sido argumentado cuando se hizo alusión al planteamiento de Ghiretti (2007).

**Tiempo:** El tercer componente del concepto de identidad es el tiempo, es decir la percepción de los actores sobre su continuidad o ruptura con actores colectivos y conflictos sociales del pasado y su proyección a futuro. Esta categoría es capital para situar al actor estudiado en una tradición de conflictos sociales y, más ambiciosamente, en un tipo de sociedad, tal que si aquel se entiende a sí mismo como continuador y profundizador de la lucha contra la dictadura –por ejemplo: “la LOCE es el legado de Pinochet y por eso hay que eliminarla”– cabe interpretar que se inscribe en un tipo ideal de sociedad “postpinochetista” (Garretón, 2006); y si por el contrario, el actor no se entiende a sí mismo como continuador de tal tradición, entonces las consecuencias analíticas serán substancialmente diferentes. Del mismo modo, la manera en que el actor se proyecta a futuro indica de modo fuerte la consistencia de su identidad política más allá del evento específico de las movilizaciones.

Las categorías con que entendemos esta dimensión son tres: 1) memoria histórica, refiriendo a conflictos y actores sociales del pasado con los cuales los entrevistados sienten una ligazón; 2) memoria propia, es decir, la interpretación de los participantes del movimiento pingüino del proceso de su formación como actor político; y 3) proyección, esto es, perspectivas a futuro y legado como actor colectivo.

**Clivajes tradicionales:** Esta dimensión no es estrictamente identitaria, en tanto no busca capturar el vínculo significado-yo, pero sirve para conocer las significaciones de base a las cuales se echa mano en el proceso de construcción de identidad. Refiere a la interpretación que hacen los estudiantes de los principales ejes que han estructurado la vida política del país en el último siglo, cuales son la división izquierda/derecha, rico/pobre, autoritarismo/democracia, y partidos políticos. Reconociendo la existencia de solapamiento entre esta dimensión y las anteriores, se ha decidido mantener la distinción analítica para ganar en profundidad.

**Factores no ideológicos relativizantes:** Esta dimensión es central para esta investigación, puesto que nos permite fundamentar una de las principales hipótesis que aquí se plantean, según la cual tiene lugar en el imaginario político estudiantil actual una serie de procesos

culturales y distinciones que, sin socavar el interés por los asuntos públicos, impide la conformación de identidades políticas definidas en términos de homogeneidad interna y diferenciación externa. En esta dimensión buscamos identificar elementos culturales que más o menos explícita y conscientemente tienen el efecto de relativizar categorías de pertenencia política claras. Se toma en cuenta dentro de esta categoría, por ejemplo, cuando el entrevistado desestima la pertenencia de una persona determinada a un bloque ideológico al indicar un supuesto “oportunismo”; así también, cuando el entrevistado señala una distancia entre el discurso y las acciones concretas por parte del gobierno, relativizando por este medio su identificación política e ideológica.

Se utilizan las siguientes subcategorías para explorar en esta temática:

1) Comunidad y subjetividad: en vistas de lo planteado en el marco teórico, de que hay un proceso en que la subjetividad irrumpe en el espacio público y se autonomiza de los clivajes políticos (Khosrokhavar, 2002; Garretón, 1994), buscamos identificar el grado en que el sentido de comunidad y el fuerte componente emocional que existe en el episodio de movilizaciones se estructuran según clivajes de identificación política, o por el contrario, los entrevistados reivindican la autonomía del sentimiento de amistad, compañerismo y comunidad al interior del movimiento.

2) La distinción compromiso/indiferencia: en un contexto en que lo político deja de tener la misma centralidad que antaño en la vida de las personas y las distintas esferas adquieren consistencia propia (Khosrokhavar, 2002), interesa saber en qué medida los entrevistados consideran como principal elemento diferenciador al interior del movimiento la indiferencia o el compromiso con el cambio político y social, en contraste con diferenciaciones propiamente políticas.

3) La distinción entre discurso y práctica: en vistas de la decepción que habrían experimentado algunos segmentos de la sociedad chilena producto de los cambios que la Concertación no llevó adelante (Salazar & Pinto, 2002), cabe suponer que las diferencias políticas que antes eran consideradas como determinantes, pasan a ser consideradas como

nominales y sin poder diferenciar realmente entre posiciones políticas, por existir una gran distancia –podrían decir los entrevistado– entre discurso y práctica.

4) La dicotomía entre gobernantes y gobernados: como se ha señalado arriba, la identidad política toma existencia histórica sólo cuando la dicotomía organizadora fundamental del antiguo régimen gobernantes/gobernados, es reemplazado por un sistema en que las personas que no pertenecen al gobierno asumen una postura sobre cómo debiera regirse la sociedad (Ghiretti, 2007). En la actualidad, tiene lugar un proceso en que la dicotomía gobernante/gobernado toma nueva fuerza, esta vez no como legitimidad de un orden divinamente establecido, sino como uno en que la dirección de la sociedad no es controlado políticamente sino que por las fuerzas impersonales del mercado y la técnica (Lechner, 1994). Así, esta subdimensión busca indagar en indicios de este eje estructurante en los discursos de los participantes del movimiento pingüino y saber si dicho eje posee un poder relativizante sobre la identidad política, al “no ser nosotros quienes debemos tomar postura sobre cómo se conduce la sociedad”.

5) La dicotomía oportunismo/compromiso: vinculada con la dicotomía discurso/práctica (ver supra), ésta busca conocer en qué medida los entrevistados consideran que aquellos sujetos que nominalmente pertenecen a una categoría ideológica o partido político, actúan en el contexto del movimiento estudiantil por compromiso a dicha pertenencia, o más bien por oportunismo. Ello teniendo a la vista el planteamiento de Lechner (1994) que señala que en la actualidad los principios mercantiles de competencia y éxito individual pasan a formar parte de la lógica de la política. En este sentido, si existe la concepción de que los sujetos nominalmente de derecha o de izquierda actúan atendiendo a la conveniencia de la oportunidad más que a los principios que representan sus pertenencias políticas, entonces se tiene un proceso de relativización de la identidad.

6) La dicotomía sectario/pluralista: esta subdimensión busca indagar en aquellas actitudes que interpelan el cierre ideológico en nombre del respeto por la diversidad y de la existencia de principios comunes que hacen a todos los involucrados parte de una misma humanidad. Este principio es importante, porque impide la formación de cliques cerrados



en sí mismos y enfrentados de forma confrontacional a otros bloques, relativizando de esta manera un principio constitutivo de las identidades políticas que es la existencia de otro-enemigo (Aboy Carlés, 2001).

7) Comprender el mundo: en el contexto de una sociedad que se complejiza y en que se deja de tener categorías mentales claras para pensar los principales procesos que operan en ella (Lechner, 2002), los sujetos no tienen un sistema de ideas coherentes en relación al cual autodefinirse y por el cual diferenciarse de un otro. Así, esta subdimensión busca conocer desde el flanco cognitivo la actitud de los entrevistados hacia la construcción de ideas políticas.

8) Individualización: por medio de esta subcategoría se busca capturar la eventual interpelación de los entrevistados a la potestad individual de escoger ideologías, pertenencias y creencias propias, libre de cualquier tipo de presión grupal.

De esta forma, las categorías con las analizamos las entrevistas se resumen en la siguiente tabla:

<b>Nosotros</b>
<ul style="list-style-type: none"> <li>• Comunidad</li> <li>• Nosotros Ideología</li> <li>• Nosotros Liderazgo</li> <li>• Nosotros Nominación</li> <li>• Nosotros pingüinos</li> <li>• Nosotros Representantes</li> <li>• Nosotros simbolización</li> </ul>
<b>Diversidad interna</b>
<ul style="list-style-type: none"> <li>• Autoposicionamiento ideológico</li> <li>• Distinciones semánticas internas</li> <li>• Bloques enfrentados</li> </ul>
<b>Enemigos</b>

<b>Tiempo</b>
<ul style="list-style-type: none"> <li>• Memoria Histórica</li> <li>• Memoria Propia</li> <li>• Proyección</li> </ul>
<b>Clivajes tradicionales</b>
<ul style="list-style-type: none"> <li>• Izquierda/derecha</li> <li>• rico/pobre</li> <li>• Sí/no</li> <li>• Partidos</li> </ul>
<b>Factores no ideológicos relativizantes</b>
<ul style="list-style-type: none"> <li>• Comunidad y subjetividad</li> <li>• compromiso/indiferencia</li> <li>• Discurso/práctica</li> <li>• Gobernante/gobernado</li> <li>• oportunista/sinceros</li> <li>• Sectario/pluralista</li> <li>• Comprender el mundo</li> <li>• Individualización</li> </ul>

## CAPÍTULO V: RESULTADOS

Se dividen los resultados, por un lado, en los componentes de la identidad (A. Identidad, B. Alteridad, y C. Tradición), y, por otro, en dos ejes que nos permiten conocer las posturas de los estudiantes frente a las formas políticas tradicionales en Chile (D. Identidades políticas tradicionales) y los elemento político-culturales que tienden a la relativización de la capacidad organizadora de las identidades tradicionales (E. Factores relativizantes).

Para facilitar la lectura de los resultados, se presenta al inicio de cada apartado un resumen en cursiva de lo expresado en ellos.

### A. IDENTIDAD

*Aquí se muestran distintos elementos en torno a la problemática de la identidad: la dificultad de los entrevistados de caracterizar y categorizar políticamente al movimiento pingüino; la percepción de algunos acerca de lo genérico que fueron sus demandas; la forma en que hicieron sentido de la diversidad interna del movimiento aludiendo a la adhesión común a un principio genérico que no se estructuró según clivajes políticos tradicionales; el sentimiento de unidad que existió en el nivel afectivo; y la demanda por formar parte de una comunidad política y no ser una simple agregación de individuos.*

#### **“ENCASILLARLO ME CUESTA UN POCO”**

El movimiento de estudiantes secundarios de 2006 no tuvo una identidad política e ideológica única. Su eje articulador –una educación de calidad para todos– es reconocido por los entrevistados como un principio muy genérico y por ello interpretado de forma muy diferente por los distintos grupos que integraron el movimiento. Como señala un entrevistado:

*“siento que lo que articuló efectivamente el movimiento –y que es una cuestión súper genérica en que nadie va a estar en contra de eso (...) – fue como una búsqueda de cambiar un sistema educacional deficiente”*

El mismo entrevistado, señala que los subgrupos al interior del movimiento convergieron en este diagnóstico general, pero no llegaron a una discusión programática profunda de sus implicancias políticas e ideológicas:

*“(...) pero nadie te va a decir que el sistema educacional es bueno, o sea como que es una cuestión súper centrada; cómo que nadie se moja el potito”*

Otro entrevistado también alude al carácter ideológico difuso del movimiento, señalando que su principio articulador fue la “razón”, es decir, un principio “casi objetivo” y sobre el cual todos podrían llegar a consenso fácilmente:

*“(...) encasillarlo me cuesta un poco, pero yo creo que se alineaba con principios humanistas generales yo creo, o sea, racionales sobre todo. Por eso el hecho de que confluyeran miembros de la derecha, miembros de la izquierda, era porque había un principio casi objetivo. Yo creo que era racional más que nada, de buscar la igualdad, solucionar los problemas, como que todos apuntaban hacia el mismo lado”.*

Lo anterior redunda en una dificultad por parte de los entrevistados de encasillar al movimiento según los referentes políticos tradicionales. Una entrevistada, por ejemplo, afirma:

*“desde un sentido político, sabiendo que no todos teníamos las mismas visiones políticas (...) es muy difícil encasillarlo... es completamente difícil de encasillar”*

## **DIVERSIDAD INTERNA**

El modo en que los entrevistados hicieron sentido de la diversidad ideológica y política que existió al interior del movimiento, también arroja luces sobre identidad del movimiento. Así, sobre el hecho específico de que hayan convergido en un único movimiento dos líderes políticamente nominalmente antagónicos (un vocero de UDI y otro de la izquierda extraparlamentaria), una entrevistada asevera:

*“los dos querían que la educación cambiaran, que los dos sabían que la educación de alguna forma era una mierda, Germán obviamente no te lo iba a decir así ¿cachai?, Germán es más políticamente correcto te va a decir que es mala, mientras que el Conejo te va a decir que la educación es una mierda, pero los dos te están diciendo lo mismo”*

#### **“SI NO ESTABAI EN LA ASAMBLEA, ¿QUÉ ERAI?”**

El carácter ideológico difuso y genérico del movimiento no debe llevar a error sobre ámbitos donde se produjo una fuerte unidad. Esto es especialmente cierto en lo que respecta al sentimiento de comunidad que allí tuvo lugar. Señala un entrevistado haciendo explícitamente el contrapunto entre esta dimensión y la ideológica:

*“(...) hubo un sentimiento de unidad, de (...) comunidad, cachai, de estar con otros estudiantes, de ser un movimiento como de estudiantes que está como en las mismas condiciones, como de gente que pertenece a lo mismo, como que hubo una identificación con lo estudiantil y que en cosas quizás no tan como ideológicas o de ideas, se vio (...) una dimensión afectiva súper importante (...), como de la convivencia cotidiana con estudiantes. Y eso fue un eje articulador súper importante”*

En esta misma línea, otra entrevistada manifiesta de forma muy expresiva el vínculo fuerte de pertenencia que generaron las asambleas:

*“(...) la asamblea en un comienzo, ehm era una forma de ser, o sea si tu no estabai en la asamblea, ¿qué erai? O sea, si en esa época erai estudiante secundario y no apoyabai a la asamblea, a tu liceo, ¿qué mierda erai?, cachai, ¡pa donde iba tu vida!”*

#### **“LOS PROBLEMAS QUE AFECTAN A OTROS SON PROBLEMAS NUESTROS TAMBIÉN”**

Sin embargo, las expresiones de unidad no se limitaron a un grupo concreto, que por motivo de las condiciones comunes de sus miembros y por el sentido de misión que

abanderaron forjó lazos afectivos de identidad; también existió la sensación y al mismo tiempo la demanda de formar parte de una comunidad política más amplia, de tener cierto grado de influencia sobre el contexto social.

Un entrevistado de colegio particular, por ejemplo, señala que su incorporación al movimiento no fue por motivo de demandas gremiales propias, pues ellos no tenían ese tipo de problemas, sino que la sensación de ser parte de una comunidad política de la cual formaban parte y eran responsables:

*“yo pienso que eso fue una de las cosas súper buenas del movimiento acá en el colegio, que (...) fue una cosa política, no es que tuviéramos necesidades de infraestructura (...), que tuviéramos mala calidad de profes, no eran como demandas gremiales nuestras, sino (...) una cuestión ideal, política. (...) Y ni siquiera nosotros ayudábamos (...) por la buena onda con otra gente, sino que también sentíamos que era un problema nuestro y que era un problema de lo que nos rodeaba, o sea esa mentalidad de que nosotros no vivimos solos y los problemas que afectan a otros son problemas nuestros también, como que eso se dio mucho.”*

Otra entrevistada, utiliza el mismo principio de formar parte de una comunidad política para criticar la “expulsión” de la misma por parte de la sociedad:

*“Juegan con tus formas de vivir, porque eso es lo que hacen ellos, juegan con tus formas de vivir (...) sin que tú seas parte de saber, y de hacer, y de pensar, y cuestionar, entonces no eres nada dentro de la sociedad”*

## **B. ENEMIGO**

*Aquí se muestra que fue el sistema político en general, y el gobierno en particular, los enemigos señalados por los entrevistados como el principal enemigo del movimiento pingüino. Sin embargo, hay también ciertas interpretaciones más cercanas a la tradicional oposición democracia/dictadura, y otras que señalan la carencia de enemigos.*

**“EL GOBIERNO ES EL ENEMIGO DE ESTE CUENTO”**

Cuando consultados acerca del “enemigo”, los entrevistados raramente singularizan a los partidos de derecha como constitutivos de un bloque, sino que toman al sistema político en general y al gobierno en particular dentro de tal categoría: “la bandera de lucha era hacer resistencia y hacer la mayor crítica al gobierno que se pudiera (...). El gobierno, el gobierno es el enemigo de este cuento”, señaló un entrevistado.

Cuando se le solicita al mismo entrevistado ser más específico, señala:

*“la molestia que había era puntualmente hacia el gobierno. Si eran funcionarios públicos que se estaban moviendo éramos estudiantes la mayoría de colegios públicos y quienes mueven esas hueas el gobierno ya los colegios la municipalidades, pero las municipalidades de donde salen del sistema político”*

No obstante ser el gobierno el enemigo más frecuentemente señalado, existieron matices dependiendo del sector al interior del movimiento. Como indica una entrevistada, hubo distintos enemigos, pero todos ellos convergieron en que la educación era deficiente:

*“Para algunos el enemigo era la educación, ¿que queri definir como educación? no te lo sabría decir, habría que preguntarles a ellos. Para otros sus enemigos eran las, las política, para otros su enemigo era la lucha de clases, para otros su enemigo era el gobierno, entonces varía mucho qué es lo que era el enemigo y qué es lo que hacíai con tu enemigo, lo que sí puede converger es que todos de alguna forma, ehm sabían que no les gustaba como estaba la ecuación y al no gustarles como estaba la educación, el enemigo de todos podía ser eso”*

Cabe tomar poner de relieve que el gobierno como enemigo no representa un opuesto ideológico, pues la crítica no se dirige al el fundamento ideal de la coalición gobernante –en aquel momento, la Concertación de Partidos por la Democracia–, sino que a su modo concreto de actuar y a su falta de capacidad en impulsar un modelo educacional acorde a las expectativas de los estudiantes, como señala la siguiente vocera:

*“No contra Pinochet, sino que contra el gobierno en sí, contra esta gente que un día fue un detenido desaparecido y ahora aparece con un discurso de un hueón casi*

*facho, o sea obviamente te va a dar rabia verlo, o sea hasta a mí que no creo mucho en la violencia, cachai, me da rabia, obviamente que a ellos también les va a dar rabia verlos, o sea, a quien no le va a dar rabia que tení puros hueones cachai que te están prometiendo puras hueas cachai, y que al final no hacen nada.”*

Si bien la imagen oposicional contra el gobierno y el sistema político imperante es la principal, hay también otros principios estructuradores del enemigo, como lo señala la siguiente cita que alude a la oposición dictadura/democracia:

*“Los sectores de derecha en ese momento a nivel estudiantil apuntaron a como a estar en oposición a un gobierno que ellos veían como izquierda, porque a la educación de “ellos”, porque pienso yo que ellos lo veían como la educación del gobierno. Por otra parte pienso que los sectores más de izquierda y de los de izquierda más ortodoxos, lo veían más como la educación de Pinochet y esa era un poco la visión que nosotros compartíamos, pero creo que un poco tiene que ver con eso, y que al final convergieron en un movimiento estudiantil en el que todo estaba en contra de la educación que existía, independiente de si se viera como que era del gobierno o que se viera como de la dictadura, pero en ese sentido yo creo que convergían”*

Otra interpretación sobre esta temática, es que, a diferencia de los jóvenes de los '80, la generación actual ya no tiene un enemigo contra el cual luchar:

*“El 2005 nos mostraron este documental, y se trata de todas las personas que participaron en las CC que era una organización... se llamaba Federación de Estudiantes Secundarios de Santiago en contra de la Dictadura de Pinochet, y el rol que ellos tuvieron para derrocar la dictadura... entonces como en parte muestra un movimiento secundario... para nosotros era una cuestión idílica, y era lo ideal que a nosotros nos podía pasar, pero ahí llegamos a la conclusión de que nosotros no teníamos enemigo, y ellos luchaban contra Pinochet, pero nosotros no teníamos contra quién luchar. Esa fue una conclusión de ese momento. Y el tema de actores*



*secundarios yo creo que a nosotros nos marcó, porque nos mostraban ellos tanta pasión en lo que ellos querían.”*

### C. TRADICIÓN

*En esta dimensión se muestra la débil relación que posee el movimiento pingüino con movimientos sociales e hitos políticos del pasado. Los entrevistados hacen el vínculo con las movilizaciones de 2005 e incluso con las luchas contra la dictadura (aunque sólo por parte de algunos sectores), pero cuando consultados por hitos históricos de más larga data, se reclama el intento de “dejar todas las banderas afuera”.*

#### **“No había un modelo del pasado que estuviera en la mente”**

En términos de memoria propia, los participantes del movimiento pingüino, al menos algunos sectores, se consideran como continuadores de las luchas estudiantiles de finales del período de dictadura y de movilizaciones del período de la Concertación. Como señala una entrevistada:

*“En mi liceo siempre han habido movilizaciones y en otros liceos también, o sea las marchas que desde el ochenta y seis hay fuera del Mineduc hasta ahora, el dos mil nueve, es porque todo el año andan en movilizaciones, yo no recuerdo ningún año, desde que yo tengo uso de conciencia, de que haya habido movilización”*

Aludiendo más explícitamente al vínculo entre las luchas contra dictadura y el movimiento pingüino, un entrevistado recuerda una conmemoración en su colegio (Manuel de Salas) del día de la memoria de los detenidos desaparecidos y su relación con la formación de un grupo que más tarde lideraría el movimiento:

*“... se empezó a hacer un acto todos los años cuando yo era más chico que se llamaba acto por la memoria, que tiene que ver con los detenidos desaparecidos del colegio, entonces ahí yo empecé”*

Dentro de estas movilizaciones, “el mochilazo” de 2001 fue emblemática y es reconocida como un antecedente:

*“yo cuando entré al colegio el 2001 me acuerdo que hubo un movimiento súper fuerte por el tema del pase escolar, todo como que ahí ya como que algo ya se veía venir”*

Sin embargo, el antecedente más directo y ampliamente reconocido fue el de las movilizaciones de 2005, que, según afirman, sentó las bases para la lo que ocurrió posteriormente el 2006:

*“la toma del 2005 que fue un antecedente connotado (...) porque con la toma del 2005 quedó todo hecho como para que el 2006 se viniera algo más contundente”*

En cuanto a la memoria histórica de más largo alcance, el discurso se dispersa y se hace imposible vincular al movimiento pingüino con una tradición política y cultural definida. Señala un entrevistado:

*“no había un modelo del pasado que estuviera en la mente, no estaba en lo que se estaba viviendo, estabas viviendo contestación a la concertación había que darle luego”*

La siguiente cita muestra un esfuerzo por parte del mismo entrevistado por describir el movimiento estudiantil, intentando desenmarcarse de la tradición política de izquierda, pero, paradójicamente, sin más categorías descriptivas que las que ella brinda:

*“no habían símbolos, no habían banderas, la única bandera de lucha era la unión popular, no unión popular como UP de los 70’, sino que una nueva unión popular. Pero tampoco era una bandera de lucha consignada sino que era una cuestión que uno veía no más. No habían banderas nomás y lo que se trató de hacer fue que todas las banderas “fuera”, que esta cuestión la estamos haciendo por una cuestión de lucha social, una lucha social popular eso es lo que era si no puede tener otro nombre no creo que pueda tener otro nombre si era una unidad la que se vivía ahí entre distintos sectores sociales”*

Cabe poner atención en la frase del entrevistado: “*lo que se intentó hacer es dejar todas las banderas fuera*”, pues señala un principio de intencionalidad en materia de identificación política; es decir, no se trata únicamente de cambios identitarios inducidos exteriormente desde una sociedad que cambia, sino también de un posicionamiento activo de los propios actores frente a las categorías del pasado. En esta misma línea, señala otro entrevistado que este fue un movimiento completamente nuevo, que aglutinó a distintos sectores políticos heterogéneos y que, justamente, en ello estuvo su fuerza:

*“así como que todos sigamos el ejemplo de la revolución mexicana o no sé po o de cualquiera, cachai, no, no había eso, era un movimiento completamente nuevo. Yo creo que eso tiene de innovador porque, lo que señalabai tú po, que se supo congregar como a personajes distintos o sea, de distinta posición política, al fin y al cabo, con sus pensamientos, con sus principios, eso fue lo innovador cachai (...) fue como novedoso y lo que le dio la fuerza finalmente”*

Las dos citas anteriores muestran no sólo la dificultad por parte del movimiento estudiantil de representarse unitariamente desde la perspectiva de la tradición, sino que también un intento consciente de justamente no hacerlo, puesto que ello le permitía legitimar el movimiento e imprimirle fuerza frente a la sociedad.

#### **D. IDENTIDADES POLÍTICAS TRADICIONALES**

*Aquí se muestra que si bien el movimiento pingüino tiene cierto grado de vinculación con el clivaje democracia/dictadura, en términos globales debe ser analizado desde otra lógica de conflictividad social. En cuanto al clivaje izquierda/derecha, se muestra que pierde poder para organizar las relaciones sociales al interior del movimiento pingüino, sin que ello signifique su erradicación en la cultura política estudiantil ni la transformación de sus contenidos.*

#### **DICTADURA/DEMOCRACIA**

Hubo muchos participantes del movimiento estudiantil que veían en la LOCE una expresión de la dictadura de Pinochet y utilizaban este vínculo como base para su

deslegitimación. El clivaje que se forma por esta imagen adversarial es típico de la sociedad postpinochetista. Por ejemplo, un entrevistado de colegio particular señala:

*“(... ) por lo menos a nivel de esos grupos, de eso se tenía conciencia, que de que era la educación en definitiva de la dictadura y de los sectores que apoyaron la dictadura, eh los sectores sociales de alto recurso clásico, y también de una concertación que había mantenido el modelo”*

Sin embargo, cabe la duda de cuán extendida fue tal imagen adversarial; Julio Isamit – dirigente RN del Instituto Nacional–, por ejemplo, declara que estuvo en contra de atacar la LOCE únicamente por el hecho de que fue creada por Pinochet<sup>9</sup>:

*“Cuando empezaba el debate preguntamos: ¿por qué derogar la Constitución? “Porque la hizo Pinochet”. ¿Por qué derogar el sistema binominal? “Porque lo hizo Pinochet”. ¿Por qué derogar la LOCE? “Porque la hizo Pinochet”. Nosotros dedicamos mucho tiempo a centrar el petitorio en la mejora educacional.” (Isamit, 2008)*

Desde ciertos sectores más afines a la izquierda, también se abandona –aunque de forma moderada– la imagen adversarial típica del clivaje dictadura/democracia. Por ejemplo, una líder estudiantil explica cómo se pasa de la oposición al legado de Pinochet, a la oposición hacia los políticos de la Concertación:

*“No contra Pinochet, sino que contra el gobierno en sí, contra esta gente que un día fue un detenido desaparecido y ahora aparece con un discurso de un hueón casi facho, o sea obviamente te va a dar rabia verlo, o sea hasta a mí que no creo mucho en la violencia, cachai, me da rabia, obviamente que a ellos también les va a dar rabia verlos, o sea, a quien no le va a dar rabia que tení puros hueones cachai que te están prometiéndote puras hueas cachai, y que al final no hacen nada”*

---

<sup>9</sup> Entrevista publicada en Revista Hacer familia, año 2008.

Así, lo que se produce es una heterogeneidad en la cual distintos sectores del movimiento interpretan de modo distinto el sentido de la lucha por la educación. La siguiente cita de un entrevistado expresa bien este punto:

*“los sectores de derecha en ese momento a nivel estudiantil apuntaron a como a estar en oposición a un gobierno que ellos veían como izquierda, porque a la educación de “ellos”, porque pienso yo que ellos lo veían como la educación del gobierno. Por otra parte pienso que los sectores más de izquierda y de los de izquierda más ortodoxos, lo veían más como la educación de Pinochet y esa era un poco la visión que nosotros compartíamos, pero creo que un poco tiene que ver con eso, y que al final convergieron en un movimiento estudiantil en el que todo estaba en contra de la educación que existía, independiente de si se viera como que era del gobierno o que se viera como de la dictadura, pero en ese sentido yo creo que convergían”*

De este modo, el hecho de que el movimiento pingüino comportó cierto grado de continuidad con las luchas contra la dictadura de Pinochet y el posterior proceso de democratización, no nos debe llevar a error y caracterizar al movimiento estudiantil cabalmente en torno al eje sí/no postdictadura. Parece, más bien, ser el caso de un movimiento híbrido, que contiene elementos del clivaje dictadura/democracia, pero que cuando mirado globalmente se desplaza hacia otra lógica adversarial, como plantea Gómez Leyton (2006). Las consideraciones que nos llevan a sostener esto, son las siguientes:

- Primero, el vínculo con la tradición de lucha contra la dictadura y su legado lo hacen sólo algunos entrevistados, e incluso para éstos no existe una continuidad fuerte desde la perspectiva de la tradición.
- Segundo, existió al interior del movimiento sectores que explícitamente rechazaron identificar al movimiento como continuador de la lucha contra la dictadura, como es el caso de la entonces dirigencia del Instituto Nacional.
- Tercero, existió la intención consciente y explícita por parte de algunos sectores del movimiento de imprimirle un sentido novedoso y desconectado de las tradiciones

político-culturales tradicionales en Chile, buscando “no tener banderas” y con ello dar más credibilidad y legitimidad a sus demandas.

### **IZQUIERDA/DERECHA**

La distinción izquierda/derecha aparece muy poco en las entrevistas y parece primar más la de radical/moderado, que toma forma y se cristaliza después del discurso de la presidenta del 1 de junio por cadena nacional, cuando los estudiantes deben decidir si aceptar la oferta del gobierno o seguir movilizadas.

Los dirigentes de derecha raramente son singularizados como constitutivos de un bloque, y, de hecho, parecen haber tenido bastante legitimidad dentro del Instituto Nacional, donde conformaron el centro de alumnos.

Hay fragmentos de entrevistas que permiten interpretar que el consenso alcanzado entre los dirigentes de derecha y de izquierda fue porque nunca se discutió los temas muy a fondo, y que si se hubiera hecho claramente hubiera habido diferencias serias, como expresa la siguiente cita de una dirigente estudiantil:

*“Yo creo que si hubiéramos discutido los puntos de la LOCE, claramente hubiese habido una diferencia radical entre lo que opinaba la María Jesús y lo que opinaba el Germán, entonces, todas las cuestiones eran de forma: “ya, hoy vamos a salir a marchar por la LOCE, por tal cuestión”, pero los temas de fondo, como la LOCE, JEC, nunca se debatieron a fondo y por eso nunca hubieron conflicto. Yo creo que fueron cuestiones de forma.”*

Pero también existe en los discursos de los entrevistados signos de que el clivaje izquierda derecha está perdiendo poder organizador sobre las relaciones sociales, al menos en el contexto del movimiento estudiantil cuando visto globalmente. La siguiente reflexión de un participante en las movilizaciones del Instituto Nacional refleja este principio, indicando que la derecha y la Concertación pierden consistencia ideológica:

*“... porque los hueones al final ponte tu van pa’ donde va la micro; no existen los derechistas de verdad, allí no habían fascistas culiados con chaqueta de fascistas. El nieto de pinocho te creo; ese loco esta ni ahí con la derecha (que para él son) comunistas (...) estos otros no, son camaleones, los demócrata cristianos, la concertación son la misma banda de pájaros, van todos apuntando subiéndose a la micro donde es conveniente”*

Por su lado, una ex vocera estudiantil señala que hay asuntos que escapan a la diferencia entre izquierda y derecha:

*“... para mí no hay ni izquierda ni derecha. Como decía mi abuela no hay ni chicha ni limonada. A veces el agua es nomás, no es chicha ni limonada, es agua, te tomái el agua, si te gustó bien, si no te gustó bien también, cachai.”*

De lo anterior se desprende que el eje izquierda/derecha no es reemplazado por otros principios de oposición, ni tampoco que sus contenidos son transformados por los estudiantes, sino que pierde saliencia en el contexto del movimiento pingüino. Así, dentro de las opciones que Tilly (2004) propone para analizar el cambio identitario, el indicado sería el de “activación/desactivación”.

## **E. FACTORES RELATIVIZANTES**

Desde nuestra perspectiva, la pérdida de saliencia de la ideología y la identidad política en el contexto del movimiento pingüino se produce por efecto de cuatro factores culturales que, sin impugnar los contenidos ideológicos tradicionales, agregan complejidad y relativizan su capacidad organizadora.

En un nivel de abstracción superior (no directamente presente en los discursos), los procesos sociales que están detrás de la pérdida de poder estructurador de los clivajes estructuradores tradicionales, según como se manifiestan en los discursos de los participantes del movimiento pingüino, son: 1) individualización; 2) ampliación valorativa de la subjetividad; 3) erosión de los mapas cognitivos; y 4) distanciamiento de la política.

### **INDIVIDUALIZACIÓN**

*Aquí se muestra cómo la existencia de algunos elementos culturales tuvo el efecto de relativizar la existencia de identidades políticas fuertes. En el primer elemento, la individualización, se muestra cómo la ampliación valorativa de la potestad individual de escoger ideas y pertenencias propias, relativiza posturas que establecen diferencias fuertes entre distintos colectivos.*

La individualización implica una expansión valorativa de la capacidad de los individuos de elegir por sí mismos sus modos de pensar y actuar, a la par que quitando fuerzas al colectivo de subordinar a éstos según principios unificados. Según este principio, las condiciones de ser parte o no ser parte del “nosotros” dejan de ser tan exigente en términos ideológicos, y toma fuerza dicotomías tales como sectarios/pluralistas, signando positivamente el segundo término: *“el hecho de que tú te dieras paso a escuchar a alguien que quizás tú sabías (...) que no iba a opinar igual que tú, pero que desde allí contribuyera al debate, era súper importante”*.

Por la individualización, los pingüinos critican al gobierno por “jugar con sus formas de vivir”: *“más encima juegan con tus formas de vivir, porque eso es lo que hacen ellos, juegan con tus formas de vivir, o sea como está establecida la sociedad sin que tú seas parte de saber, y de hacer, y de pensar, y cuestionar, entonces no eres nada dentro de la sociedad”*

Según la individualización, los sujetos comprometidos políticamente no se ven forzados a elegir entre las distintas posiciones políticas preestablecidas, sino que abordan la construcción de sus esquemas de interpretación de la sociedad como un proceso reflexivo individual. Incluso, varios escogieron seguir carreras humanistas con el fin de alimentar dicho proceso, y no para reafirmar una ideología previamente establecida, como expresa el siguiente participante de las movilizaciones que luego siguió la carrera de sociología:

*“(...) yo lo veo como que la carrera me puede dar algunas herramientas como pa’ llevar a cabo ciertas reflexiones, cachai, pero... por eso, eso estoy alejado un poco, en un proceso más interno de trabajar mi conocimiento”*.



El fenómeno de la individualización en el movimiento pingüino, se expresa también cuando consultados acerca de las imágenes que venían a la mente cuando se pensaba en la revolución, en el caso del sector importante del movimiento que sentía que ella venía. En aquellos casos, las respuestas no aluden a una utopía societal al estilo comunista o cristiano, sino que a la libertad del individuo:

*“yo me imaginaba en ese instante la revolución de una pura manera: pude entrar a mi liceo como yo quise, fumar, fui libre, hubo libertad, no libertinaje. Yo pude decidir qué hacer conmigo sin sobrepasar lo que opinaba él ni lo que opinabas tú. Entonces cuando me preguntaste que viste cuando se armó la revolución lo mismo que yo veía en mi colegio a nivel nacional de que todos tomáramos decisiones sin pasarnos a llevar (...)”*

Otra forma evidente por la cual el principio de individualización tiene un poder relativizante sobre las identidades políticas, es la equiparación que realiza un entrevistado entre la ceguera que produce la adhesión a ideologías políticas y la adhesión religiosa:

*“(...) yo me metí a la carrera de filosofía por lo mismo, porque los partidos políticos, las banderas políticas son como las religiones como que abarcan a una cachada de gente, pero ¿dónde queda el individuo, dónde queda la política del individuo, dónde queda la fe del individuo? no toda la gente de una misma religión cree en lo mismo; todos los hueones creen en hueas distintas (...). Es lo mismo en la política, ya, pueden haber muchos del partido comunista, pero qué espera él como persona, qué espera del otro. Yo mismo, cuando veo a un cura convencido y de repente encuentro que habla cada cabeza de pescado; encuentro a un facho convencido y también encuentro lo mismo y cuando me miro a mi mismo y me encuentro tan convencido ¿no estaré hablando también cabezas de pescado? Entonces, por el autocuestionamiento fue que llegue a dar bote para acá”*

## **SUBJETIVIDAD**

*En el caso de la ampliación valorativa de la subjetividad, se muestra cómo la relación intersubjetiva de carácter afectivo se constituye en un principio autonomizado de las divisiones que “impone la sociedad” y estructura un modo de asociatividad que impide la formación de cliques ideológicos.*

La dificultad de describir el movimiento pingüino desde una identidad política e ideológica única, no debe conducir a error respecto al sentimiento de comunidad que allí se generó. Lo interesante en este sentido es que el componente afectivo se transforma en un importante elemento aglutinante del movimiento pingüino y se autonomiza de las distinciones ideológicas y culturales-políticas tradicionales en Chile, como indica el siguiente entrevistado:

*“hubo un sentimiento de unidad de quizás, en términos sociológicos, quizás de comunidad, cachai, de estar con otros estudiantes, de ser un movimiento como de estudiantes que está como en las mismas condiciones, como de gente que pertenece a lo mismo, como que hubo una identificación con lo estudiantil y que en cosas quizás no tan como dialógicas o de ideas, se vio como afectivamente igual, tuvo como una dimensión afectiva súper importante que es el tema de las marchas, o sea de la dimensión cultural que también tuvo súper fuerte el movimiento estudiantil, como de la convivencia cotidiana con estudiantes y eso fue un eje articulador súper importante”*

La expansión valorativa de la subjetividad y afectividad no sólo toma forma en las relaciones intersubjetivas concretas al interior del movimiento, sino que también se trata de un elemento ideológico que lo sitúa como el fin último al que la movilización social propende. Así lo expresa la siguiente entrevista quien resignifica la lucha del movimiento pingüino por la calidad e igualdad de la educación en términos del objetivo último de la felicidad humana:

*“(…) si tu cambias la educación (…) no siguen reproduciéndose brechas sociales. Al no reproducir brechas sociales haces que la gente de alguna u otra forma sienta ese sentimiento de tranquilidad y felicidad en el lugar que está, por ende gestionas*

*de alguna forma de que estas personas se sientan más felices en la sociedad en la que están participando y están viviendo, por ende generai una mejor sociedad”*

En otras palabras, la igualdad deja de ser un valor en sí mismo y pasa a ser un instrumento para garantizar la felicidad de todas las personas, principio que, como señala Garretón (1994), es irreductible a los contenidos clásicos de las ideologías

La expansión valorativa de la subjetividad, es un importante factor para entender la pérdida de saliencia de la ideología en la organización de las relaciones sociales al interior del movimiento pingüino, puesto que reivindica su autonomía frente a las divisiones que producen las diferencias ideológicas “impuestas” por la sociedad.

*“se supone que tú tienes una forma de ser y al final la vida te termina juntando con gente que tú supones o supusiste siempre que no ibas a tener nada en común, o que terminas haciendo amigos, entrañables, de gente que no debiste ser amigo, porque la sociedad te dice que si tu eres de izquierda no puedes ser amigo de un derechista, que si eres de derecha no puedes ser amigo de un izquierdista”*

Este principio implica que hay elementos que trascienden las diferencias ideológicas que “impone la sociedad” y que definen la forma en que se estructura la asociatividad al interior del movimiento estudiantil. En la siguiente cita de la misma entrevistada, el principio de autonomización de las relaciones intersubjetivas frente a las divisiones ideológicas se muestra aún más claramente, puesto que reconoce que esto puede ser producto de que no existe un vínculo tan estrecho con las ideologías:

*“(…) quizá porque no estamos tan amarrados a nuestros ideales como creíamos, ehm puedes terminar construyendo con alguien que no tenías ningún interés en construir y cuando logré comprender eso fue cuando fui realmente feliz, porque encuentro que no hay nada más lindo y más enriquecedor para un ser humano que construir con alguien que jamás habías esperado construir, y también poder seguir construyendo con el que ya sabías que podías construir”*

Cabe señalar que el efecto de la autonomización de la subjetividad va más allá del puramente simbólico, puesto que en una lógica de redes sociales impide la formación de cliques ideológicos cerrados en sí mismos, y permite un tránsito mucho más fluido de las personas entre diferentes grupos de pensamiento, sin que ello signifique una contradicción o sentimientos de “traición”.

## **MAPAS COGNITIVOS**

*En el caso de la erosión de los mapas cognitivos, se muestra la existencia de una suerte de desconfianza hacia explicaciones globales de la sociedad y hacia la actitud de creer ciegamente en una ideología o posición política. Además, se muestra la existencia en los entrevistados de un gran esfuerzo cognitivo por construir sus propias categorías de interpretación de la realidad social.*

La erosión de los mapas cognitivos dice relación con que el mundo actual es complejo y no puede ser comprendido por los sujetos de forma clara y consensuada. No se trata tanto de que la gente hoy piensa diferente que en el pasado —que también—, sino de que ya no sabe muy bien qué pensar. Los enunciados sobre la realidad que abanderan las ideologías tradicionales no les son tan evidentes a los sujetos, y sin embargo éstos no sostienen los contrarios de aquellas.

Ello se traduce en una predisposición muy presente en los discursos de los entrevistados en construir sus posicionamientos políticos a partir de un proceso reflexivo individual relativamente trabajoso y largo, y no por medio de la elección de alternativas predefinidas. Dos entrevistados, por ejemplo, declaran haber entrado a carreras humanistas (sociología y filosofía) para obtener elementos cognitivos para comprender el mundo en el que viven y desde allí ayudar a transformarlo, pero no con la finalidad de fundamentar una postura previamente elegida, como pudo haber sido la norma en el pasado. Uno de los aludidos señala lo siguiente en su entrevista:

*“(...) por eso estoy alejado un poco, en un proceso más interno de trabajar mi conocimiento, buscar el conocimiento y la capacidad reflexiva”*

Existe también en algunos entrevistados una desconfianza hacia una actitud demasiado convencida hacia una determinada postura política, tal como la pudieran tener militantes de partidos políticos o sujetos con una identidad ideológica muy estrechamente definida. La siguiente cita muestra la analogía que hace un entrevistado entre este tipo de personas y el convencimiento que pudieran tener los religiosos:

*“(...) cuando veo a un cura convencido y de repente encuentro que habla cada cabeza de pescado; encuentro a un facho convencido y también encuentro lo mismo; y cuando me miro a mi mismo y me encuentro tan convencido, ¿no estaré hablando también cabezas de pescado? Entonces por el autocuestionamiento fue que llegue a dar bote para acá (carrera de filosofía)”*

#### **DICOTOMÍAS EXTERNAS**

*Aquí se muestra cómo la emergencia de dicotomías estructurantes de los discursos, tales como sectario/pluralista, compromiso/oportunismo y consecuente/inconsecuente, tienen mucha influencia en la imagen adversarial frente a los políticos, y en cierta medida reemplazan dicotomías propiamente ideológicas –internas– que tradicionalmente constituyen la principal fuente de oposiciones políticas. Se arguye que esto se debe a una causa estructural por la cual los espacios de formación de opinión política que en el pasado se producían en torno a organizaciones vinculadas a partidos políticos se han restringido debido al distanciamiento entre Estado y sociedad.*

La crítica de los estudiantes secundarios a los políticos o a los elementos internos del movimiento que son vistos como negativos, tienen mucho que ver con dicotomías tales como contradicción discurso/práctica, oportunismo/compromiso y sectario/pluralista, las cuales son transversales a clivajes propiamente políticos, como podrían ser democracia/dictadura y derecha/izquierda, y que relativizan su efecto estructurador. Hacemos una diferencia entre los dos tipos de dicotomías, caracterizando aquellas de “externas”, dado que no diferencian posiciones políticas con contenido ideológico, y éstas de “internas”, puesto que sí lo hacen.

La significancia en identidad de la fuerza de estas dicotomías externas estriba en que quitan fuerza a la distancia que de otro modo pudiera existir entre identidades políticas opuestas. Así lo expresa una entrevistada cuando intenta explicar la convergencia de sectores muy dispares al interior de la asamblea, aludiendo a la dicotomía discurso/práctica:

*“¿Por qué la asamblea logra tener tanta convergencia? porque de alguna extraña forma hay gente que sus prácticas políticas no son tan diferentes a las de su polo opuesto, en algunas cosas o en algunas formas. Yo con la Joshu creo que no tenemos las mismas formas de llegar al mismo camino, pero no por eso desconozco que hay algunas cosas de ella o pensamientos políticos de ella en los cuales soy simpatizante”*

La siguiente cita de la misma entrevistada expresa de modo aún más enfático el mismo principio, según el cual muchas veces las diferencias ideológicas no son tan importantes a la luz de las prácticas de sus abanderados, permitiendo la posibilidad de que personas ideológicamente afines diverjan y opuestos, converjan:

*“Te dabai cuenta que con gente que supuestamente no teniai conocimiento, que supuestamente no era ideológicamente partidaria, común a ti, a veces teniai muchas cosas en común, entonces tú como adolescente también te decíai “hueón, y qué mierda”, cachai, toda la vida me han dicho que teni que odiar a tal gente, o que esta gente no nos ha hecho bien, y ahora el discurso que él tiene es un discurso que no me es tan ajeno, entonces qué hago con eso, entonces hubo mucha gente de la asamblea que se hizo el loco con esto, y lo dejó pasar nomás, no se lo cuestionó más allá, hubieron otros que estuvieron en toda esta, esta vorágine de cuestionárselo todos los días (claro), como hubieron otros que lo aceptaron y que entendieron que en la vida hay discursos que quizá no son iguales a los tuyos, pero que las prácticas son quizá iguales a las tuyas, aunque se supone que con tu compañero de izquierda tení prácticas iguales, y al final el hueón te sale más facho que un facho, entonces de alguna forma, ehm, esto que también se da en la vida*

*adulta, ehm lo empezai a comprender y lo empezai a, le empezai a hacer relación de alguna forma con tu diario vivir”*

Del mismo modo, otra dicotomía presente al interior del movimiento pingüino y que se deduce de las entrevistas tiene gran capacidad de relativizar las identidades políticas tradicionales es la de compromiso/sinceridad. Ella surge particularmente cuando consultados por la convergencia en el movimiento de representantes de derecha y de Concertación, casos en los cuales un entrevistado alude con mucha fuerza a la falta de consistencia ideológica por parte de éstos y su incorporación por razones más bien oportunistas. La siguiente cita de un entrevistado del Instituto Nacional llega al punto de señalar que ya no existen los derechistas de verdad, y que aquellos que lo son nominalmente no son más que oportunistas, siendo parte de un mismo grupo con militantes de la Concertación:

*“Si al final los de derecha se venden para donde va la micro nomás, igual que los... ya no existen los de derecha de verdad, ahí no habían fascistas culiados con chaqueta de fascistas, no. Por ejemplo el nieto de Pinocho te creo, el nieto de Pinocho no está ni ahí con la derecha porque la derecha es comunista para ese weón, ese weón es amarillo de verdad, de corazón, se pone la chaqueta amarilla. Entonces a ese weón le creo, pero estos weones no. Son camaleones, igual que los demócratas cristianos o la Concertación son todos la misma banda de pájaros, así que van todos subiéndose a la micro, lo que les conviene”.*

El tipo de dicotomías estructurantes de oposición política como las de arriba siempre han existido, pero lo novedoso del movimiento estudiantil es que adquieren la capacidad de relativizar las identidades políticas tradicionales, al funcionar como elementos que en palabras de los mismos entrevistados desactivan la oposición fuerte entre izquierda y derecha, sin por ello eliminarla ni resignificar sus contenidos. Desde nuestra perspectiva, la emergencia de tales dicotomías tiene que ver con la pérdida de espacios sociales donde los sujetos producen posicionamiento frente a los temas públicos y consecuentemente construyen proyectos colectivos de sociedad.

En Chile, dichos espacios –formales o informales– tradicionalmente se generaban al interior o en torno a los partidos políticos y el Estado, y tienden a dejar de existir paralelamente al creciente distanciamiento de la actividad política y sociedad. Producto de ello, las identidades políticas sufren una constricción que no es necesariamente sucedida por su resignificación, haciendo que dicotomías “externas” cobren fuerza en la esfera política. Dicho proceso de distanciamiento es relevante para efectos de identidad, puesto que históricamente la identidad política nace sólo cuando se rompe con la dicotomía fuerte entre gobernante/gobernado previa a la revolución francesa y se crea un Estado nacional en el cual el conflicto político pasa a formar parte del sistema (Ghiretti, 2007). Es por ello que junto con el distanciamiento entre Estado y sociedad, tiene lugar el proceso consistente en la desactivación de identidades políticas.

La siguiente cita de un entrevistado de un colegio particular muestra un sentimiento generalizado dentro del movimiento estudiantil de estar fuera del sistema político:

*“yo diría que el movimiento estudiantil estuvo fuera del aparato político, o sea como que todo lo que se pretendió, todo lo que se creó en el movimiento estudiantil no tuvo prácticamente ningún correlato político, o sea la LGE, la LGE como toda la gente la conoce, es prácticamente igual a la LOCE, y eso dice que, o sea eso muestra que no existe correlato político de lo que fue el movimiento estudiantil 2006. Ahora creo que sí hubo intereses partidistas en el movimiento estudiantil y creo que ahí está la participación de gente como la niña esa del colegio, cómo se llama”*



## CAPÍTULO VI: INTERPRETACIÓN DE LOS RESULTADOS

El cambio identitario en el movimiento pingüino debe ser analizado en términos de la variable que Tilly (2004) denomina “activación /desactivación”, aludiendo al grado en que una identidad adquiere menor o mayor poder organizador sobre las relaciones sociales en un contexto determinado, sin por ello resignificar sus contenidos ni transformar los actores colectivos que articula, como sugieren las otras formas que el autor define puede tomar el cambio identitario. En este sentido, las identidades que organizaron tradicionalmente la vida política no son explícitamente impugnadas en el movimiento de estudiantes de 2006, ni tampoco son transformados los actores que las abanderan. No obstante, parece ser que han perdido la capacidad de organizar con la fuerza con que lo hacían en el pasado las relaciones sociales en el marco de la acción colectiva. En el nivel ideológico, el movimiento pingüino abanderó una serie de demandas que generaron consenso en una gama muy amplia de sectores históricamente contrapuestos y otros sin identidad política definida, pero hasta el momento del análisis, ello no condujo a una síntesis que marcara el nacimiento de una nueva identidad política.

Es posible argumentar que el espacio de las movilizaciones cristalizó nuevos elementos de cultura política e ideología, como fue expuesto en la sección de resultados, pero ello no conlleva necesariamente la emergencia de nuevas identidades políticas. Para que ocurra el paso de cambios culturales a cambios propiamente identitarios, los nuevos elementos ideológicos deben ser identificables por los sujetos de forma clara y deben tener una referencia explícita al “nosotros”. Identidad política, siguiendo la definición de Hakan Yavuz (2003), es el proceso por el cual se llega a ser consciente de los marcos de referencia según los cuales se actúa, utilizando dichos marcos como un horizonte de sentido explícito en la acción política individual y colectiva. En este proceso es de especial importancia la existencia de una unidad de nominación –esto es, un nombre–, puesto que indica la identidad política, facilitando el manejo cognitivo de las preguntas por el “quién es quién, quiénes son ellos y quiénes somos nosotros”.

En suma, el movimiento pingüino, no produce ni reproduce identidad política, pues, si bien expresa elementos ideológicos nuevos, no produce ni reproduce con ellos una arquitectura ideológica, ni una nueva unidad de nominación con la abstracción suficiente para ser utilizada por otros actores colectivos en un contexto espacio-temporal diferente y con el nivel de concreción suficiente para provocar un sentido de pertenencia. Pero, ¿por qué se produce este divorcio entre acción colectiva e identidad política en el mayor movimiento social de los últimos 20 años, siendo su carácter fundamentalmente político?

Según nuestro análisis, los elementos derivados de los discursos de los propios participantes en el movimiento que permiten explicar tal fenómeno son cuatro: 1) la capacidad relativizante sobre las divisiones ideológicas de dicotomías estructurantes que se derivan del distanciamiento entre sociedad y política; 2) la erosión de los mapas cognitivos por los cuales se entiende tradicionalmente la política en Chile; 3) la ampliación valorativa del derecho del individuo de crear ideas y pertenencias propias, y el consecuente debilitamiento de las constricciones colectivas; y 4) la autonomización de la subjetividad frente a la política.

Todas ellas, en definitiva, fueron las que permitieron la convivencia de identidades políticas históricamente contrapuestas en un único movimiento social. Tienen su origen en procesos societales ampliamente estudiados, cuyos caracteres por ningún motivo han sido descubiertos por nosotros, pero que hemos sabido vincular por medio de contrastación empírica con el fenómeno de la identidad política en el movimiento pingüino de 2006. Creemos que en este esfuerzo radica el valor de este trabajo. Veamos ahora de qué se tratan los cuatro puntos.

#### DISTANCIA DE LA ESFERA POLÍTICA-ESTATAL

*“Diferente a las anteriores polarizaciones ideológicas, hoy en día resalta la distancia entre gobernados y gobernantes. Las identidades colectivas pierden aquella consistencia que facilitaba a la gente medir las cercanías y distancias de su pertenencia, al mismo tiempo que ganan preeminencia nuevos mecanismos de mediación -la televisión- que generan una cohesión rápida, pero volátil.”* (Lechner, 2002, pág. 33)

Identidad política no es una categoría ahistórica aplicable a toda época, sino que es específicamente moderna. Tiene su origen en las revoluciones de fines del siglo XVIII, especialmente la francesa (Ghiretti, 2007), cuando la dicotomía gobernante/gobernado propia del *ancien régime*, da paso a un modelo político en el cual el conflicto es endógeno al sistema y las personas toman postura frente a la forma de gobierno y conducción general de la sociedad. Las identidades políticas, por lo tanto, toman forma en el espacio político-estatal, siendo la relación Estado y sociedad propiamente moderna su determinante estructural y condición de existencia.

Del mismo modo, en el caso chileno, los espacios donde tradicionalmente se construyeron las identidades políticas fueron aquellos existentes en torno a los partidos políticos, al Estado, y a las asociaciones de la sociedad civil constituida en referencia a los dos anteriores. Allí se crearon las condiciones organizacionales que permitían la existencia de comunidades de discusión (Baño, 2010) y el consecuente procesamiento cognitivo y relacional de la definición del “nosotros” y del “ellos” y, luego, la creación de solidaridades estables en el tiempo.

Sin embargo, la represión política y las reformas estructurales de los años 70’ y 80’ cambiaron esta situación. Allí tomó forma un nuevo tipo de relación entre Estado y sociedad que desarticuló el sistema político y la sociedad civil constituida en referencia al Estado, pasando éste a ser un agente de la competitividad nacional en el nuevo contexto de globalización económica y financiera. En este tipo de relación entre Estado y sociedad cobra nueva vida la dicotomía gobernantes/gobernados, pero esta vez no como la opresión de un orden que parece divinamente ordenado, sino uno que opera en función de fuerzas globales autónomas y naturalizadas, que poco tienen que ver con la voluntad general de la nación. Esta nueva condición estructural constriñe los espacios donde operan los mecanismos de formación de identidad política por los cuales los sujetos se posicionan ante la realidad social y construyen solidaridades estables en el tiempo. De ahí que la dificultad del movimiento pingüino de generar una identidad colectiva de carácter político sea consecuencia directa del distanciamiento entre Estado y sociedad, y más específicamente,

de la pérdida de los espacios sociopolíticos donde los sujetos tradicionalmente construyeron sus posturas en relación a los temas públicos.

Así, cuando en Chile la actividad política se profesionaliza y se distancia de la sociedad, las identidades políticas sufren una constricción que no es sucedida necesariamente por una resignificación de las mismas, produciendo que nuevas dicotomías “externas” cobren fuerza en la esfera política. Estas dicotomías externas tienen el poder de relativizar el poder organizador de las propiamente ideológicas –esto es, relacionadas a proyectos de sociedad–, produciendo que el enemigo y el nosotros ya no sean definidos ideológicamente. Denominamos el primer tipo de dicotomías “de contenido” y las segundas “de forma”, refiriendo aquéllas a las ideas sobre el tipo de sociedad que se quiere construir, y estas a las formas por las que se gestionan tales ideas.

Proponemos que las dicotomías que atraviesan al movimiento pingüino y le permiten obviar las divisiones tradicionales, dándole unidad interna y un nuevo modo de definir al enemigo, tienen mucho que ver con la forma de hacer política y menos que en el pasado con el contenido. El análisis empírico de los discursos de los participantes del movimiento arroja que las principales dicotomías de este tipo son las siguientes: discurso/práctica y oportunismo/sinceridad. En este sentido, los pingüinos representan como enemigo al gobierno de la Concertación<sup>10</sup> no por su color político –recordemos que algunos de los voceros se identificaban con esta coalición–, sino, primero, por las promesas incumplidas de la transición y, segundo, por la distancia que expresa entre discurso y acción. Según este principio, la distinción izquierda/derecha no desaparece ni se resignifica, pero pierde capacidad de organiza las relaciones al interior del movimiento, cuando los estudiantes caen en cuenta que los sectores nominalmente de derecha no son en realidad un bloque ideológico, y cuando se constata que independiente del color político, existe una comunidad de personas que en la práctica –y no en el discurso– están comprometidos con luchar y mejorar la educación y la sociedad. En este sentido, el movimiento estudiantil de 2006 no fue en su fundamento una asociación entre distintos bloques políticos fuertemente

---

<sup>10</sup> Coalición de centro-izquierda gobernante en las décadas post-dictadura, 90' y 00'.

constituidos ideológicamente, sino que una unidad que, entre muchos otros ejes de división, contuvo una diversidad política inusitada.

Las mencionadas dicotomías estructurantes externas, sin embargo, no han adquirido en los estudiantes el grado de explicitación suficiente para configurar una identidad política que organice solidaridades estables en el tiempo en función de superar las contradicciones que sus pares de opuestos sugieren. Ello no significa que lo político –esto es, la búsqueda de la buena sociedad– no sea importante para los miembros del movimiento pingüino. Por cierto que lo es, pero cuando los espacios culturales e institucionales en los cuales se despliega lo político son escasos, es difícil la creación de identidades políticas, pues ellas precisan de una organización cognitiva que explícitamente otorgue sentido a la acción.

La analogía con el fútbol es iluminadora para entender lo que ha pasado en política en Chile en las últimas décadas. Siendo los políticos los equipos de fútbol y la sociedad los hinchas, el cambio substancial que ha ocurrido en Chile es el cierre de los estadios y la transmisión de los partidos únicamente a través de la televisión, convirtiéndolos a éstos en espectadores. Ello supone un impacto radical para las identidades en el fútbol, puesto que es el estadio el espacio donde ellas adquieren su pleno sentido y fuerza; donde se hace evidente y se simboliza expresivamente la multitud que representan el “nosotros”, y, a su vez, el “otro”. En el estadio de fútbol podemos decir con certeza que hay un principio que organiza las relaciones sociales, tanto de los jugadores como los hinchas: la identificación de equipo. Pero cuando se cierran los estadios y se transmiten los partidos por televisión, la distinción futbolística “nosotros”/”ellos” pierde fuerza frente a otras distinciones, y finalmente se desactiva. Las personas siguen adscribiendo a un equipo de fútbol, pero sus sentidos de identificación se tornan cada vez más abstractos y dejan de constituir el principio más importante de organización de las interacciones al interior de la sociedad. En adelante, lo que queda por hacer es reconstruir el espacio donde la identidad futbolística cobra vida: el estadio, y ello bien puede convertirse en un aglutinante para la acción colectiva.

## INDIVIDUALIZACIÓN

La pérdida de los espacios sociopolíticos de construcción de identidades políticas está acompañada de otros procesos de tipo cultural, en especial los fenómenos de individualización, erosión de los mapas cognitivos, y autonomización de la subjetividad frente a las divisiones políticas tradicionales.

La individualización en el movimiento pingüino se manifiesta de diversas formas. En primer lugar, cobran mucha importancia los valores de respeto a la diversidad de opiniones y posiciones políticas. Una entrevistada, en este sentido, recordaba a un filósofo que señalaba que quizás podía no opinar lo mismo que el otro, pero que daría la vida para que ese otro pudiera expresar su opinión.

Por otro lado, el principio de individualización se expresa en la impugnación explícita por parte de algunos sectores al carácter uniformizante de la pertenencia a partidos políticos. “¿Dónde queda la política del individuo?”, se preguntaba un entrevistado, señalando que, no obstante la adherencia de un grupo a un determinado partido político único, no todos ellos piensen igual. Y más aun, el mismo sujeto iguala la pertenencia a partidos políticos a la uniformización de las religiones:

*(...) las banderas políticas son como las religiones, como que abarcan a una cachada<sup>11</sup> de gente, pero ¿dónde queda el individuo? ¿Dónde queda la política del individuo? ¿Dónde queda la fe del individuo? no toda la gente de una misma religión cree en lo mismo.*

Otros aspectos en los cuales se expresa la individualización en el movimiento estudiantil es en el esfuerzo consciente de muchos participantes de forjar una posición propia frente a los asuntos sociales que les inquietan, independiente de las categorías ideológicas que ahora pasan a ser “principios tentativos y parciales orientados hacia formas de vida más humanas” (Garretón, 2000). También son expresivas las imágenes de la sociedad que expresan los consultados acerca de la revolución que muchos pensaron estar efectuando, aludiendo a una sociedad libre, en que todos pudieran tomar decisiones sin pasar a llevarse

---

<sup>11</sup> Chilenismo que significa “gran cantidad”.

los unos a los otros. Además, el sentido que atribuyen a su lucha por la educación, tiene mucho que ver con la posibilidad de que ésta sea un elemento que les dé las herramientas para construir la vida que ellos quieren para sí, principio clásicamente individualizado, puesto que desde esta perspectiva, la sociedad, y en particular la educación, son un recurso en la construcción de las biografías personales, y en tanto tal, un motivo de lucha. Finalmente, la individualización en el movimiento pingüino se manifiesta en la crítica explícita al gobierno por jugar con las formas de vida de los estudiantes, sin hacerles partícipes de la construcción de sociedad, la cual reconocen como el contexto en el cual deben tomar sus decisiones de vida.

La presencia del principio fuerte de individualización conduce a una paradoja, relacionada con que la reconstitución de los espacios donde se construyen posturas frente a la realidad política –tema abordado anteriormente–, no implica necesariamente la producción o reproducción de identidades políticas en el sentido en que lo propone Aboy Carlés (2005), de homogeneización de la diversidad interna a la par que diferenciación externa. Ello porque la valoración de la potestad individual de elegir pertenencias y la consecuente pérdida de capacidad de presión del colectivo, permiten al individuo generar posturas políticas sin amarrarse a una categoría colectiva; y si lo hace en un determinado momento, nada le obliga a permanecer allí cuando su posicionamiento personal frente a los mismos temas o las circunstancias de su afiliación han cambiado. De acuerdo al fenómeno de la individualización, cuando generalizado a nivel societal, el individuo se transforma en el arquitecto de su propia ideología y pertenencias colectivas, por lo que puede traspasar fácilmente las distintas divisiones tradicionales que existen entre ideologías e identidades políticas, tomando lo que necesita para formar su postura propia desde lugares muy disímiles.

Así, la pregunta política que surge de la problematización anterior es cómo se construyen identidades políticas y sujetos colectivos con capacidad de crear una sociedad que gobierna su propio destino, en un contexto cultural individualizado. Desde el Informe de Desarrollo Humano del 2002 (PNUD, 2002) podemos señalar que la individualización no impide la existencia de una ciudadanía con toma de posición e interesada en lo político. Pero,

¿permite la creación de identidades políticas propiamente tal, es decir, la existencia de un “nosotros” político fuerte, solidario y estable en el tiempo?

### EROSIÓN DE LOS MARCOS COGNITIVOS

Otro fenómeno que relativiza el poder organizador de las identidades políticas en el movimiento estudiantil, es la erosión de los mapas cognitivos que ordenan las representaciones acerca de la sociedad y sus conflictos. Ello dice relación con que el mundo actual es complejo y que es difícil para los sujetos hacer sentido de él en forma clara y consensuada. No se trata tanto de que la gente hoy piensa diferente que en el pasado –que también–, sino de que ya no sabe muy bien qué pensar en los niveles más abstractos de la vida social e histórica. Los enunciados sobre la realidad que abanderan las ideologías tradicionales no le son tan evidentes a la gente, y sin embargo no son capaces de sostener su contrario más que en aspectos parciales. Y dado el origen histórico común que poseen ambos fenómenos (Ghiretti, 2007), ello comporta un gran impacto sobre las identidades políticas.

Según este principio, los sujetos en el movimiento estudiantil no son capaces de señalar claramente un proyecto global de sociedad al cual se apunta y tampoco de describir el domicilio político del movimiento al cual se pertenece. Expresivo de esto es el caso de dos entrevistados que entraron a carreras humanistas con el fin de construirse a sí mismos una imagen clara de la sociedad y consecuentemente un curso de acción para transformarla, pero no para fundamentar teóricamente una concepción de sociedad que traían consigo con anterioridad.

No es un tema de verdad o falsedad, sino que de categorías culturales que hacen sentido del contexto social y sus procesos de cambio, permitiendo la existencia de lineamientos conducentes a la acción en la esfera individual y colectiva. Tampoco es un problema específico de los estudiantes, sino que de una sociedad que no logra formular una representación clara acerca de sí misma, pues, como señalara Lechner (2002, pág. 28), la erosión de los mapas mentales provoca que “los conflictos existentes ya no permiten estructurar identidades colectivas y ordenar las opciones en juego”.



## AUTONOMIZACIÓN DE LA SUBJETIVIDAD

La expansión valorativa y la autonomización de la subjetividad como principio de interacción social es el cuarto fenómeno que relativiza la capacidad divisoria de las identidades políticas tradicionales en el contexto del movimiento de estudiantes secundarios de 2006.

La significancia del episodio de movilizaciones para los participantes, junto con ser un espacio de formación política, fue la experiencia de vida comunitaria fuertemente afectiva. En ello no habría novedad respecto de la acción colectiva tradicional, si no fuera por la autonomía que expresó dicho principio afectivo frente a las divisiones ideológicas tradicionales. La importancia de ello radica en que, cuando se reivindica tan fuertemente la autonomía de las relaciones de fraternidad frente a los dictados de la división política e ideológica que “impone” la sociedad –al decir de una entrevistada–, las redes de sociabilidad dejan de canalizarse según las divisiones políticas. De ahí que se relativice su poder organizador sobre las relaciones sociales y las identidades.

Otro elemento que pone en evidencia la autonomización de la subjetividad frente a la ideología, es el valor que se asigna a la felicidad como el fin último de los cambios sociales por los cuales lucha el movimiento estudiantil. La capacidad relativizante de este principio sobre las identidades políticas tradicionales se deriva de que la felicidad es irreductible a la justicia social y la autonomía nacional –motivos de lucha de la acción colectiva clásica y de las grandes ideologías (Garretón, 1994)–, transformando estos principios en medios para alcanzar aquél fin.

## CONCLUSIONES Y PERSPECTIVAS

Lo que hemos hecho en este trabajo es evaluar el grado en que el movimiento estudiantil de 2006 puede ser considerado un espacio de cristalización de nuevas identidades políticas, dada su composición social y política heterogénea, y su impronta generacional particular. En este sentido, desde la lógica de los tipos ideales, se buscaba hallar una identidad constituida bajo nuevos referentes ideológicos, culturales, sociales y organizacionales explícitos; en oposición a nuevos enemigos; en la perspectiva de una nueva ordenación del pasado y del futuro; y todo ello contenido bajo una nueva unidad de nominación. Esta nueva identidad debía ir más allá de la especificidad espacio-temporal del movimiento pingüino, existiendo en ella aspectos abstractos con la generalidad suficiente para ser utilizados por otros actores sociales, a propósito de demandas diferentes que las educacionales, y con la posibilidad de ser actualizados en distintos puntos del tiempo, pero conteniendo en su seno la estampa del movimiento pingüino como un hito importante en su creación. Planteamos la hipótesis de que dicha identidad novedosa era producto, por un lado, de la irrupción pública de una transición política-cultural de larga data, que subterráneamente habría tenido lugar en la generación nacida después del plebiscito de 1989 y socializada en el contexto de los gobiernos de la Concertación, y, por otro, del efecto de mecanismos conducentes al cambio identitario propios toda acción colectiva, pero especialmente presentes en las movilizaciones de 2006.

Sin embargo, el análisis y la interpretación de las entrevistas a los participantes del movimiento estudiantil, arrojaron otro resultado. Los siguientes cuatro párrafos dan cuenta de los principales resultados de la investigación, de acuerdo a los objetivos específicos presentados en el Capítulo I:

En primer lugar, es posible afirmar que no existen símbolos político-identitarios unificadores para el actor social estudiantil de 2006 que permita hablar de la creación de una nueva identidad. Ello no significa que no existan transformaciones político-culturales expresadas en el movimiento; si las hay y han sido tratadas en el apartado “Resultados”, pero no se traducen en una explicitación suficiente de objetivos políticos aglutinantes que

permitan el surgimiento de una nueva identidad política, como exige la definición de identidad política que hemos adoptado. Así, lo que tiene lugar en el movimiento pingüino en relación a las identidades políticas tradicionales, es un mecanismo de cambio identitario que Charles Tilly (2004) denomina “activación/desactivación”, aludiendo a que éstas no son necesariamente resignificadas, ni tampoco transformados los actores sociales que las abanderan, sino que simplemente menos salientes que en el pasado en el contexto específico de la acción colectiva, en este caso, el movimiento estudiantil.

Respecto del principio de oposición, fue el sistema político en general, y el gobierno en particular, el objeto de interpelación y los enemigos principales señalados por los entrevistados. Hay también interpretaciones minoritarias más cercanas a la tradicional oposición democracia/dictadura, y otras que señalan la carencia total de enemigos. En cualquier caso, la inexistencia de un principio fuerte de oposición de carácter ideológico, es reflejo identidades susceptibles de activarse en situaciones muy específicas, a propósito de causas lo suficientemente genéricas como para convocar sectores e individuos que de otra forma no tendrían un piso cultural y político común.

En relación a la ordenación del pasado, se concluye que existe una débil ligazón entre el movimiento pingüino y movimientos sociales e hitos políticos del pasado. Los entrevistados hacen el vínculo con las movilizaciones de 2005 e incluso 2001, pero en relación a las luchas contra la dictadura poco y sólo por parte de algunos sectores. En esta medida, el movimiento estudiantil de 2006 no responde a la tradición combativa que se deriva del eje autoritarismo/democracia, propia de la sociedad postpinochetista. Cuando consultados por hitos históricos de más larga data, se reclama el intento de “dejar todas las banderas afuera”, indicando dicha característica “neutral” como fortaleza del movimiento ante la opinión pública.

Finalmente, en relación a los elementos culturales que condicionan la formación de identidades políticas fuertes en el movimiento estudiantil, hemos identificado cuatro: a) distanciamiento entre Estado, política y sociedad, expresado en la carencia de espacio para comunidades de formación de postura política; b) ampliación de la valoración de la

capacidad y derecho individual de escoger pertenencias políticas propias; c) la subjetividad como elemento de cohesión social autonomizado crecientemente de las diferencias políticas e ideológicas; y d) la erosión de los mapas cognitivos que inciden en la falta de categorías claras disponibles a los sujetos en la autodescripción y en la descripción de las opciones políticas disponibles. La vinculación de estos elementos generales con la situación empírica del movimiento estudiantil de 2006 es el principal aporte de esta investigación, pues plantea la discusión sobre las condiciones culturales en las cuales se genera identidad y comunidad política en el Chile actual. Para mayor desarrollo ver el apartado “Interpretación”.

## PROCESO CULTURAL

Según nuestra interpretación, la discusión anterior puede ser entendida desde dos perspectivas: la degenerativa y la generativa. La primera perspectiva tiene que ver con lo que ya no es; ver el movimiento estudiantil como expresión de la erosión de las formas culturales claras e inteligibles de la generación del '68 y explicar esto por el quiebre radical que significó en la sociedad chilena la experiencia dictatorial. Ello nos permite comprender que lo que hoy parece natural, no lo es, sino que es históricamente excepcional. Desde esta perspectiva decimos que la incapacidad de los estudiantes de forjar una identidad ideológica clara; de entenderse como continuadores de una tradición de lucha social; y orientarse en dirección a un horizonte de futuro más o menos definido; es expresión de la erosión de los mapas cognitivos de la sociedad y el distanciamiento entre sociedad y Estado.

La perspectiva generativa, por su lado, mira más bien a lo que está siendo creado y se pregunta por la inserción del movimiento de estudiantes secundarios en un proceso más general de transformación cultural que tiende a la producción de formas ideológicas e identitarias relativamente estables e inteligibles, y, en un sentido más general, de una sociedad que se hace dueña de su propio destino. Esta perspectiva contiene una cierta teleología que asume que lo normal es la existencia de formas culturales claras y estables, y que la indefinición del presente no es más que el signo de una etapa de transición. Si bien en este trabajo no nos podemos hacer cargo de las consecuencias epistemológicas de esta

postura, reivindicamos su capacidad de iluminar ciertos aspectos de un período histórico, orientar la investigación, y ser políticamente constructiva.

El aporte de este trabajo es ayudar a entender el movimiento pingüino desde la segunda perspectiva. En este sentido intentamos delinear las implicancias del movimiento de estudiantes de 2006 así como las condiciones culturales y estructurales allí operantes, en el fortalecimiento de la sociedad civil en Chile. En esto seguimos la línea de discusión de varios autores que ven en esta problemática el principal desafío cultural del Chile actual. Entre ellos, Garretón (2000), quien señala que "El futuro de la sociedad chilena radica en su capacidad de construcción de un sistema sociopolítico que rescate la idea de una comunidad nacional que no se reduce a un mercado ni a un conjunto de instrumentos y técnicas. Lo que el país necesita" –dice– "ya no es un 'milagro económico' sino un gran salto adelante que debe ser político, institucional y cultural" (2000, págs. 185-186). Así mismo, Lechner (2002), Castells (2005), y PNUD (2000) apuntan desde sus respectivos planteamientos a esta problemática central.

Desde nuestro punto de vista, la formación de identidad política es substancial para entender las derivas históricas de este proceso, pues apunta a entender la perspectiva interna de los sujetos, por la cual ellos se agrupan, crean solidaridades estables en el tiempo y vinculan una cierta imagen de sociedad al compromiso colectivo del "nosotros". Ello no significa que la acción colectiva dependa de la identidad política; son dos fenómenos que poseen dinámicas autónomas y que dependen de factores diferentes (Walder, 2009), sin embargo, ésta tiene la capacidad de darle a aquella coherencia en el tiempo y una dirección histórica relativamente clara e intencionada.

En lo que sigue delineamos unas breves notas acerca de las implicancias del movimiento pingüino y de las condiciones culturales y estructurales que en él se expresan para la construcción de una sociedad fuerte y capaz de gobernar su propio destino.

## LOS ESPACIOS PARA LA FORMACIÓN DE IDENTIDAD

*“al desaparecer las comunidades de discusión que permitían la formación y crítica de las opiniones, el ciudadano se transforma en teledividente carente de filtros, quedando indefenso frente a la luminosa caja cada vez más plana”* (Baño, 2010)

Una primera respuesta a la pregunta por los espacios en que los sujetos generan identidades políticas, es que el propio movimiento estudiantil de 2006 fue uno de esos espacios. Como señala Lechner (2002, pág. 12): “desarrollamos tal imaginario del Nosotros en la medida en que realizamos experiencias exitosas de acción colectiva”. En él operaron mecanismos conducentes a la formación de identidad política propios de todo movimiento social, que implicaron elaboración ideológica y posicionamiento frente a asuntos públicos. Desde la perspectiva de McAdam, Tarrow y Tilly (2004), cuando un actor colectivo irrumpe en el espacio público, intensifica sus esfuerzos cognitivos por responder a la pregunta por el “quién es quién” y, particularmente, por establecer la legitimidad o ilegitimidad de sí mismo y del otro. Los actores movilizados buscan reafirmar la propia identidad, intentando legitimarse públicamente y representar expresivamente la unidad interna del grupo, activando así la doble dialéctica de identificación grupal y categorización por la cual las identidades se construyen (Jenkins, 2008). Luego, desde la perspectiva de la tradición, los movimientos sociales se convierten en parte del acervo cultural depositado en la memoria colectiva de los actores colectivos posteriores.

Esta perspectiva optimista también es planteada por Gabriel Salazar y Julio Pinto (2002), quienes señalan que el tipo de sociabilidad que caracteriza a la juventud contiene en su seno el potencial de producir sujetos colectivos. Ellos tienen el impulso a crear sus propios espacios de participación, dice los autores, lo que es “equivalente a tener el principio generador de toda ‘nueva’ sociedad” (Salazar & Pinto, 2002, pág. 262).

Los resultados de la presente investigación nos conduce a entender dicho proceso desde la perspectiva de un nuevo contexto sociocultural, el cual plantea la pregunta de cómo formar identidad política cuando el individuo es un sujeto individualizado y poco dispuesto a ajustarse a las categorías que la sociedad le impone; cuando no vivencia cotidianamente espacios en que pueda tomar postura frente a los asuntos más importantes en la sociedad;

cuando ve en la felicidad y en los vínculos sociales afectivamente gratificantes el sentido principal de su acción, teniendo capacidad variable de ligar dicho fin con las condiciones societales en que se desenvuelve; y cuando la sociedad no le ofrece categorías claras e inteligibles con las cuales interpretar su medio social y cambio histórico, y según las cuales entenderse a sí mismo en relación éstos. Dado este nuevo contexto sociocultural, ¿es posible afirmar que nos encontramos ante el fin de las identidades políticas fuertes, y ante la constitución de nuevos tipos de sujetos colectivos radicalmente diferentes a los del pasado?

## BIBLIOGRAFÍA

- Aboy Carlés, G. (2005). Identidad y diferencia política. En F. N. Federico Shuster, Tomar la palabra: estudios sobre protesta social y acción colectiva. Buenos Aires: Prometeos Libros.
- Aboy Carlés, G. (2001). Las dos fronteras de la democracia argentina: la reformulación de las identidades políticas de Alfonsín a Menem. Buenos Aires: Homo Sapiens.
- Baño, R. (2010). Ha muerto la Reina... ¿Que viva el Rey? Análisis del año 2009 , 7-30.
- Beck, U. (1998). La invención de lo político. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Canales, M. (2006). Metodologías de investigación social. Santiago: LOM.
- Castells, M. (2005). Globalización, desarrollo y democracia: Chile en el contexto mundial. Santiago: Fondo de Cultura Económica.
- Castells, M. (1999). Globalización, identidad y estado en América Latina. PNUD .
- Castillo, M. (2009). Identidades políticas. Trayectorias y cambios en el caso chileno. México D.F.: FLACSO, México.
- Dubet, F. (1989). De la sociología de la identidad a la del sujeto. Estudios Sociológicos VII: 21 .
- Falabella, A. (2008). Democracia a la chilena. Un análisis del movimiento estudiantil y su desenlace. Política Educativa , 5-17.
- Garretón, M. A. (1992). Corrientes y dimensiones políticas en Chile. Comentarios al estudio de Roberto Méndez. Estudios Públicos N° 45 .
- Garretón, M. A. (2006). Del postpinochetismo a la sociedad democrática. Globalización y política en el Bicentenario. Santiago: Editorial Debates.
- Garretón, M. A. (2006). Del postpinochetismo a la sociedad democrática. Globalización y política en el Bicentenario. Santiago: Editorial Debates.
- Garretón, M. A. (1994). La faz sumergida del iceberg. Estudios sobre la transformación cultural. Santiago: Ediciones CESOC-LOM.
- Garretón, M. A. (2000). La sociedad en que viviremos. Santiago: LOM.
- Garretón, M. A. (2002). La transformación de la acción colectiva en América Latina. Revista de la CEPAL, núm. 76 .
- Garretón, M. A., Cavarozzi, M., Cleaves, P., Gereffi, G., & Hartlyn, J. (2004). América Latina en el siglo XXI. Hacia una nueva matriz sociopolítica. Santiago: LOM.



Garretón, M. A., Cruz, A., & Aguirre, F. (2009). Movilizaciones sociales, Estado de Bienestar y conocimiento experto. El significado de los Consejos Asesores Presidenciales. Santiago: Proyecto FONDECYT N° 1090127, aún no publicado.

Ghiretti, h. (2007). Un capítulo sobre las identidades políticas modernas: la izquierda a la luz de las tesis de Carl Schmitt. *Anuario Filosófico*, xl/1, 149-173.

Gómez Leyton, J. C. (2006). La rebelión de las y los estudiantes secundarios en Chile. Protesta social y política en una sociedad neoliberal triunfante. *OSAL, Observatorio Social de América Latina*, año VII, no. 20, 107-117.

González, J., Cornejo, R., Sánchez, R., & Caldichoury, J. P. (2007). Perspectivas y significados del movimiento nacional de estudiantes secundarios. OPECH, Universidad de Chile.

Hernández, R., Fernández, C., & Baptista, P. (2002). *Metodología de la investigación*. México D.F.: Editorial Mc. Graw-Hill.

Ibáñez, J. (1991). *El regreso del sujeto. la investigación social de segundo orden*. Santiago: Ediciones Amerindia.

Isamit, J. (10 de abril de 2008). Por la ruta de los presidentes, entrevista a Julio Isamit. *Hacer Familia* N° 147.

Jenkins, R. (2008). *Social identity*. Oxon: Routledge.

Johnston, H., Laraña, E., & Gusfield, J. R. (1994). *New Social Movements: Identities, Grievances and Ideologies of Everyday Life*. En E. Larana, H. Johnston, & J. R. Gusfield, *New Social Movements: From Ideology to Identity*. Philadelphia: Temple University Press.

Klugmann, M. (1992). Corrientes y dimensiones políticas en Chile. *Comentarios al estudio de Roberto Méndez. Estudios Públicos* N° 45.

Laclau, E. (1994). *The making of political identities*. (E. Laclau, Ed.) London: Verso.

Lechner, N. (2002). *Las sombras del mañana. La dimensión subjetiva de la política*. Santiago: LOM Ediciones.

Lechner, N. (1994). Los nuevos perfiles de la política. Un bosquejo. *Revista Nueva Sociedad* n° 130, Marzo-Abril, 32-43.

Mannheim, K. (1952). The problem of generations. En K. Mannheim, *Essays on the sociology of knowledge* (págs. 272-320). Londres: Routledge & Kegan Paul.

McAdam, D., Tarrow, S., & Tilly, C. (2004). *Dynamics of Contention*. Cambridge: Cambridge University Press.

- Melucci, A. (1999). *Acción colectiva, vida cotidiana y democracia*. México D.F.: El Colegio de México.
- Navarro, P., & Díaz, C. (1994). *Análisis de contenido*. En e. Juan Manuel Delgado y Juan Gutiérrez, *Métodos y técnicas de investigación en ciencias sociales*. Madrid: Editorial Síntesis.
- Novaro, M. (1995). *Crisis de representación, neopopulismo y transición democrática*. *Revista Sociedad*, N° 6.
- Novaro, M. (1996). *Los Populismos Latinoamericanos transfigurados*. *Revista Nueva Sociedad*, núm. 144, 90-103.
- Offe, C. (2002). *1968: Thirty Years After: Four Hypotheses on the Historical Consequences of the Student Movement*. *Revista Thesis Eleven*, 68-82.
- PNUD. (2008). *Desarrollo humano en Chile rural*. Santiago: PNUD.
- PNUD. (2000). *Informe de desarrollo humano. Más sociedad para gobernar el futuro*. Santiago: PNUD.
- PNUD. (2002). *Informe de Desarrollo Humano: Nosotros los chilenos, un desafío cultural*. Santiago: PNUD.
- Polletta, F., & Jasper, J. (2001). *Collective identity and social movements*. *Annu. Rev. Sociol.*, 283-305.
- Ponce, C. (2010). *Juventud, movilizaciones e identidad política en Chile*. *Independencias - Dependencias - Interdependencias VI Congreso CEISAL 2010*. Toulouse.
- Ruiz, C. (2007). *¿Qué hay detrás del malestar de la educación?* *Revista Análisis del Año 2006*.
- Salazar, G., & Pinto, J. (2002). *Historia contemporánea de Chile (Vols. V, Niñez y juventud)*. Santiago: LOM Ediciones.
- Stake, R. E. (2007). *Investigación con estudio de casos*. Madrid: Ediciones Morata.
- Tarrow, S. (1997). *El poder en movimiento. Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*. Madrid: Alianza Editorial.
- Taylor, S., & Bodgan, J. (1986). *Introducción a los Métodos Cualitativos de Investigación*. Buenos Aires: Editorial Paidós.
- Tilly, C., & Tarrow, S. (2007). *Contentious politics*. London: Paradigm Publishers.
- Touraine, A. (1997). *¿Podremos vivir juntos? Iguales y diferentes*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Touraine, A. (1995). *La producción de la sociedad*. México D.F.: UNAM.

Touraine, A. (1969). *Sociología de la acción*. Barcelona: Ediciones Ariel.

Walder, A. (2009). Political sociology and social movements. *Annual review of sociology* , 393–412.

Yavuz, H. (2003). *Islamic political identity in Turkey*. Oxford: Oxford University Press.

## ANEXO I

### MOVILIZACIONES ESTUDIANTILES EN MAYO Y JUNIO DE 2006. UNA BREVE CRONOLOGÍA.<sup>12</sup>

- A principios de mayo los estudiantes secundarios comenzaron a hacer sentir sus voces con marchas convocadas en la Región Metropolitana. Querían traer a la palestra sus exigencias: Prueba de Selección Universitaria (PSU) y pase escolar gratuitos, reformas a la Ley Orgánica Constitucional de Enseñanza (LOCE) y a la Jornada Escolar Completa (JEC).
- El 4 de mayo realizaron una protesta no autorizada en la Región Metropolitana, la cual dejó 622 detenidos
- Un día después, los escolares y el ministro de Educación de la época, Martín Zilic, se reunieron para iniciar negociaciones.
- El 10 de mayo las movilizaciones dejan 1.300 detenidos en todo Chile.
- En ese clima, los dirigentes estudiantiles se reúnen con el Seremi de Educación, Alejandro Traverso, y anotan su primer triunfo: el gobierno se compromete a no limitar los viajes con pase escolar y a entregar becas de inscripción para la PSU a los alumnos de cuarto medio pertenecientes al 40% más pobre.
- El 18 mayo, una manifestación de escolares en el sector céntrico de la capital termina con 702 jóvenes detenidos.
- El 19 mayo la Asamblea Coordinadora de Estudiantes Secundarios (ACES) da un giro, iniciándose las primeras tomas en el Liceo de Aplicación y en el Instituto Nacional. La razón: al no conseguir una respuesta satisfactoria a su pliego de peticiones y al hecho de que las movilizaciones estaban siendo desvirtuadas por los medio de prensa, quienes enfatizaban los episodios de violencia, decidieron ocupar los colegios.
- El miércoles 24 eran siete los liceos movilizadas en Santiago, al día siguiente, la cifra sube a 15 y el viernes ya había más de 100 liceos y colegios, entre ellos particulares y particulares subvencionados.

---

<sup>12</sup> Recuento cronológico adaptado de Garretón, Cruz y Aguirre (2009).

- El ministro de Educación dijo en un comienzo que instalaría una mesa de diálogo sólo con los alumnos que no estuvieran protestando, sin embargo, a medida que más establecimientos se fueron movilizand, debió flexibilizar su postura convocando a una negociación para este lunes 29 con los liceos que no cayeran en "actos de violencia". Sin embargo, la mesa de diálogo fracasó luego que Zilic no asistiera a la cita y en su lugar enviara a la subsecretaria del ramo, Pilar Romaguera.
- El jueves 1 de junio, la presidenta Michelle Bachelet dirige un discurso a la nación por motivo de las demandas de los estudiantes secundarios. En él, anuncia la formación del Consejo Asesor Presidencial para la Calidad de la Educación.
- El miércoles 7 de junio de 2006, la presidenta Bachelet anunció la composición del Consejo Asesor Presidencial para la Calidad de la Educación, dando a los estudiantes 12 cupos, seis de ellos a universitarios y seis a secundarios, número muy lejano al 50% más uno que exigían estos últimos.
- Durante gran parte del año 2006, los estudiantes secundarios siguieron movilizados, en la forma de paros, tomas, o por medio del mencionado Consejo de Educación.